

VIII

Los trabajadores y el mundo del trabajo

Por Ricardo Falcón

En Bonaudo, M. (directora), Nueva Historia Argentina, Tomo IV, Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852 – 1880), Buenos Aires, Sudamericana, 1999.



que de inmigrantes europeos, fragmento, 1862.

Este capítulo presenta la situación global de los trabajadores urbanos en la Argentina a mediados del siglo XIX. Si bien se hacen algunas menciones tangenciales sobre los trabajadores rurales, especialmente los de la provincia de Buenos Aires, el eje son los obreros y artesanos de las ciudades. Tampoco abarca al conjunto de los trabajadores urbanos de la época, lo que es poco probable de realizar para este período, según las fuentes documentales de las que se dispone, sino fundamentalmente los de los tres centros urbanos más importantes: Buenos Aires, Rosario y Córdoba. Aunque haya pequeñas omisiones, estas tres ciudades son altamente representativas de la situación general.

Desde fines de la década de 1850 se va conformando una capa de trabajadores urbanos, artesanos y asalariados, de procedencia mayoritariamente extranjera, que tiene su epicentro en la ciudad de Buenos Aires y en la campaña vecina, y un poco más tarde, también en Rosario, Córdoba y otras ciudades del interior se vivirá, en menor grado, un proceso similar, aunque la presencia de migrantes internacionales varíe en porcentajes.

Sin dejar de reconocer otras expresiones, ese proceso se dará durante algún tiempo, en forma más concentrada en la ciudad de Buenos Aires. Este fenómeno constituirá el punto de partida de la formación de las primeras organizaciones autónomas de los trabajadores, que se manifestarán a través de sociedades mutualistas estructuradas por oficios, el nacimiento de una literatura genéricamente socialista y hacia el fin del período, la aparición, todavía incipiente, de los primeros sindicatos con un carácter de clase y planteos reivindicativos más definidos. En esas formaciones se encuentran los orígenes de un movimiento obrero que, sin solución de continuidad, se prolongará hasta la actualidad.

En un primer momento, la formación de esa capa de trabajadores urbanos fue el resultado de una primera apertura del mercado mundial para los productores argentinos a través de la lana, completada después por los cereales y la carne. Estas transformaciones dieron lugar a una modernización agraria que tuvo como colorario el surgimiento de algunas industrias subsidiarias de la exportación y el arranque de un proceso de urbanización, centrado sobre todo en la región litoral.

La escasez crónica de mano de obra en la Argentina, heredada del «vacío» demográfico dejado por el predominio de una estructura pecuaria en el mundo colonial y poscolonial, planteaba como un recurso obligado la apelación a la inmigración de trabajadores extranjeros para satisfacer las necesidades de los nuevos mercados de trabajo en formación.

Si bien es cierto que los artesanos y obreros venidos de Europa fueron constituyendo el núcleo de esa capa de trabajadores urbanos y el punto de partida del futuro movimiento obrero, no eran los únicos sectores de trabajadores que se pueden encontrar en ese punto de partida que fue el final de la década del cincuenta.

Además existía, particularmente en Buenos Aires, un sector de trabajadores negros y en el interior del país diversas capas de obreros agrícolas o artesanos insertos en industrias de tipo precapitalista, en gran medida «criollos», es decir mestizos o indios, mezclados muchas veces con descendientes de españoles. No obstante, ambos grupos tendrán dificultades, por distintas razones y en diferentes grados, para detentar un rol significativo en el mercado de trabajo urbano y en consecuencia para producir formas autónomas de organización.

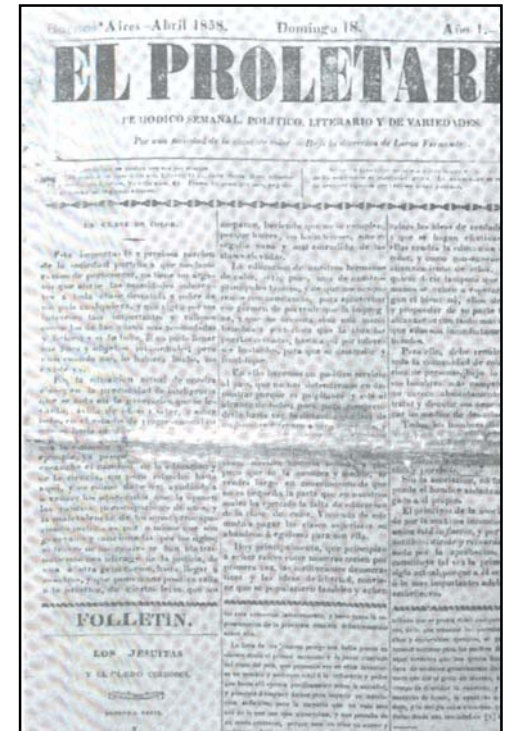
En la segunda mitad de los años cincuenta, en Buenos Aires, algu-

nos negros letrados serán responsables de la aparición de periódicos con un claro sesgo de reivindicación étnica e incluso autopostulantes de la representación de los trabajadores del sector. Paradójicamente esto se produce en el momento en que los negros, que habían desempeñado un papel no despreciable en el mundo artesanal poscolonial, comienzan a ceder esa posición frente a los nuevos requerimientos del mercado.

Esos periódicos no tenían necesariamente un discurso homogéneo, sino que la existencia de matices revelaba distintas ópticas en el seno de los diferentes sectores que integraban la comunidad afroargentina, en la tarea de la defensa de la “raza”. En 1858 aparecen *La Raza Africana* y *El Proletario*, dirigido este último por Lucas Fernández. Después, en los años sesenta, el historiador norteamericano George Reid Andrews registra *La Igualdad*, *El Artesano* o *El Tambor* y *El Candombero*. Otros numerosos periódicos de este carácter continuarán apareciendo más tarde, hasta mediados de los años ochenta.

Particularmente interesante resulta *La Juventud* en los albores de los setenta, representante de la tendencia más radical de la comunidad. Sin abandonar el discurso dominante de la defensa de los intereses étnicos globales, este periódico adquiere, a veces, un cierto tono clasista, reivindicando específicamente los derechos de los trabajadores negros y empleando, incluso, un lenguaje aproximativamente marxista o socialista.

Los negros porteños alcanzaron a tener algunas expresiones organizativas propias, pero en un momento en que se veían desplazados



en sus tradicionales roles productivos y quedaban confinados a funciones burocráticas en el aparato estatal o en trabajos domésticos. Por el contrario, mayores eran las dificultades que encontrarían los trabajadores nativos del interior. Es cierto que, producto de las migraciones interprovinciales, algunos contingentes de ellos lograrán insertarse, aunque en forma subordinada frente a los migrantes extranjeros, en los mercados de trabajo urbanos de la región litoral. Y en esos casos terminarán por integrarse después de los años ochenta al movimiento obrero general.

El primer censo industrial argentino data de 1895, por lo tanto es muy difícil seguir la evolución de la composición de la masa de trabajadores del sector. Sin embargo, los contenidos del Censo Nacional de 1869 permiten obtener un panorama general de la situación estructural de los trabajadores manuales de la época.

En el mundo del trabajo urbano, los oficios más numerosos corresponden a la construcción. En 1869 se constataba la existencia de más de 9.000 albañiles, 14.000 carpinteros y 1.100 pintores, de los cuales la tercera parte trabajaba en la ciudad de Buenos Aires. No es casual que esos oficios, especialmente el oficial albañil, tuvieran una alta demanda. En ese año, más de las dos terceras partes de las construcciones porteñas eran de material.

Los que declaraban poseer una profesión u oficio constituían el 84,5 por ciento de los mayores de 14 años. Del total, el 35,6% estaba afectado a lo que el Censo denominaba «Producciones industriales» y que seguramente tenía un alto contenido artesanal. En segundo lugar, aparecían los dedicados a la producción de materias primas con 23,8% y luego los jornaleros o «sin trabajo fijo» que constituían el 21,5%; el personal de servicio con un 15,2% y finalmente correspondía un 3,7% a los que trabajaban en los transportes. El resto estaba integrado por el rubro «comercio» que comprendía tanto a comerciantes como a asalariados.

UN PERFIL DE LA INMIGRACIÓN

El sector más dinámico en la estructura ocupacional urbana, sobre el cual se constituirán preferentemente las organizaciones laborales y políticas que tendían a representar a los trabajadores, es el de los migrantes transoceánicos.

Desde 1853, el fomento de la inmigración extranjera había preocupado tanto a la Confederación como al gobierno de Buenos Aires. Las medidas propulsoras se sucedieron durante los años sesenta y comienzos de la década siguiente, hasta culminar en 1876 con la llamada Ley de Inmigración.

Existen datos sobre los volúmenes inmigratorios desde 1855, pero recién se vuelven comparables desde 1857 cuando la estadística se hace regular. El Censo Nacional de 1869 registra una presencia significativa de extranjeros en el conjunto del país: 12%. Sin embargo, esta proporción es mucho más elevada en los distritos de la región litoral: 49,6% en la ciudad de Buenos Aires; 41,5% en la provincia homónima; 15,65% en Santa Fe y 13,6% en Entre Ríos. Por otra parte, alrededor del 90% de los extranjeros residentes en el país estaban radicados en los distritos mencionados.

En lo que hace a la composición interna, por nacionalidades de origen de los inmigrantes llegados entre 1857 y 1879 según estimacio-



Hotel de Inmigrantes.

nes sobre datos del Segundo Censo Nacional de 1895, el 62% eran italianos; el 16% españoles; el 9% franceses; el 3% ingleses y luego, con bajos porcentajes, suizos, alemanes, austriacos, belgas y nacionalidades varias. Además el Censo Nacional de 1869 había registrado un total de 211.000 extranjeros, de los cuales un 34% eran italianos; un 16% de españoles y un 15% de franceses.

El ritmo de ingreso de los inmigrantes italianos va aumentando sin pausa. Entre 1857 y 1862 es de un promedio anual de 4.600, que casi se duplica en los cinco años siguientes hasta llegar entre 1868 y 1870 a 21.000 anuales. En la década posterior los volúmenes de inmigrantes italianos sufren las mismas oscilaciones que el movimiento migratorio general, pero se mantienen en promedios cercanos a 25.000 ingresados anuales.

El ritmo de la inmigración española es mucho más lento y regular en todo este período. No obstante, hay picos más altos que el promedio anual de 3.500 inmigrantes registrado hasta 1872, como en 1873 y 1874, cuando alcanza hasta más de 8.000. Esta súbita variación se explica por los acontecimientos políticos que con la restauración reaccionaria luego de un período liberal provocarán la emigración de numerosos españoles. Los contingentes más importantes de peninsulares vendrán a fines del siglo XIX y comienzos del siguiente. Sin embargo ya en los sesenta y setenta son numéricamente el segundo grupo migratorio por nacionalidad de origen.

También lento y relativamente estable es el promedio anual del tercer grupo en orden de importancia numérica: el de los franceses; hasta 1871 está un poco por arriba de 1.000 y la media general de la década del setenta es de 3.000. Pero, al igual que en el caso de los españoles, ciertos acontecimientos políticos en el país de origen implicaron incrementos coyunturales. Así ocurrió en 1872 y 1873 cuando el promedio subió hasta 4.200 y 4.300 inmigrantes, respectivamente, como consecuencia de los exilios masivos que se produjeron después de la derrota de la Comuna, en 1871.

Los sueños alberdianos del «lavado de sangre» a través de la inmigración; algunos artículos de la Ley de Inmigración de 1876 que daban ventajas a los migrantes que llegaran con herramientas propias para la agricultura y algún capital; las observaciones de algunas comisiones de fomento de la inmigración que en la década del setenta consideraban

que el proceso marchaba bien porque llegaba una cantidad significativa de grupos familiares, y el hecho que en los primeros tiempos los cónsules y los agentes encargados de reclutar migrantes en Europa centraran su tarea en los países con mayor desarrollo capitalista, trasuntan claramente que el proyecto consistía en constituir una economía de *farmers* y que para ello se contaba con migrantes del noroeste europeo.

El año 1830 constituye el punto de partida de ese colosal proceso de emigración transoceánica que hizo que durante más de un siglo millones de europeos dejaran sus tierras en busca de un nuevo futuro. Hasta aproximadamente 1860, los migrantes provienen mayoritariamente de la región noroeste, representando todavía en 1870 el 94% del total.

Sin embargo, en esa década la tendencia comienza a cambiar: el 65% procede del noroeste y el 35% del sudeste. La modificación será mucho más acentuada en los ochenta: 52% y 48% respectivamente. Después la reversión de la tendencia será definitiva: la gran mayoría de los emigrantes procederá del sudeste y luego de la Europa central, e incluso de ciertas regiones de Asia.

Si se compara el rol receptor de la Argentina con el de los Estados Unidos, es visible que comienza más tardíamente. En los años sesenta participa en el total de la emigración mundial con un 5%, que se eleva a un 8% hacia fines de la década siguiente. Recién en los ochenta alcanzará un 15%.

Por lo tanto, resulta claro que la Argentina adquiere un rol receptor más importante en el momento mismo que la tendencia noroeste-sudeste comienza a revertirse. Es cierto que en los primeros años del proceso migratorio hay, en términos relativos, una presencia no despreciable de inmigrantes procedentes del noroeste y de las regiones entonces más avanzadas en el proceso de transformación capitalista en Europa: ingleses, suizos, alemanes, belgas, algunos escandinavos, etcétera. Sin embargo, esta proporción será crecientemente minoritaria en el conjunto. No hay estadísticas precisas para las primeras épocas. No obstante, el Censo Nacional de 1869 ya relegaba a los últimos escalones de la estadística a esos inmigrantes, superados ampliamente por italianos, españoles y franceses. Estos últimos procedían, mayoritariamente, de las zonas del «mediodía» de Francia.

En los primeros cinco años de la década del ochenta los inmigrantes del noroeste europeo constituyen el 19% del total; en el lustro siguiente representaban el 22%, debiéndose suponer que este leve aumento co-

yuntural está relacionado con la subvención de los pasajes por el gobierno argentino desde 1887, para caer el porcentaje al 8,6% en la década del noventa.

Esta cuestión merece atención porque en general puede identificarse a cada una de estas regiones con un tipo dominante de inmigrante, lo cual no dejará de influir, a su turno, en el perfil global de los trabajadores urbanos.

Por lo general, quienes proceden del noroeste europeo son artesanos u obreros con algún grado de instrucción general y cierta calificación profesional y a veces hasta dotados de un pequeño capital. También los que van a insertarse en la agricultura, como los suizos, o en ciertas actividades pecuarias, especialmente la cría de ovejas, como los irlandeses, que han sido expulsados por el exceso de mano de obra que habían generado los procesos de industrialización y modernización agraria y que habían ejercido formas relativamente avanzadas del trabajo agrícola. En cambio, los migrantes del sudeste europeo son por lo general

Memoria de inmigración

«Poco se ha meditado en la importancia del empleo de Agente de inmigración: y es necesario decirlo de una vez ya que la actual administración se preocupa seriamente de la inmigración y colonización. La Agencia de Inmigración es un puesto de alta confianza, él implica nada menos que la elección de la gente para poblar el país, llenando los fines de la Constitución. Descuidar esta elección, permitir que la escoria y la crápula de las ciudades populosas, la inmigración prostituta, se aproveche de las franquicias ofrecidas a la honesta laboriosidad, a la industria viril y honrada, es contribuir a que la República Argentina, país de nobles antecedentes, digno y generoso por sus instituciones liberales, grande y rico no menos por la fertilidad de su suelo que por la naturaleza de sus producciones y el caudal de sus corrientes fluviales: capaz de sustentar en su seno una gran nación de cien millones de habitantes, venga a ser poblado como las colonias de Nueva Zelanda (sic), o como la Nueva Gales del Sur, que completarán varias generaciones, antes que pueda borrarse en sus habitantes el indeleble virus de su origen, y el tinte de la corrupción espantosa que ha precedido a su formación».

Samuel S. Navarro, Memoria de Inmigración, Buenos Aires, 1874.

campesinos pobres y jornaleros, de las zonas de Europa que más tardíamente habían encarado la transformación capitalista.

Una consideración de los tres principales grupos de inmigrantes por nacionalidad tiende a confirmar esta tendencia. En las primeras épocas, los italianos que llegan a la Argentina lo hacen desde las regiones del centro-norte: Piamonte, Liguria, Lombardía, Emilia y Toscana. Posteriormente preponderarán trabajadores menos calificados y campesinos procedentes del sur de la península y de Sicilia.

Algo parecido ocurre en el caso de los españoles: los primeros inmigrantes de esa época son originarios, en buena medida, del País Vasco, Cataluña y Madrid, es decir, de regiones que desarrollaban procesos de urbanización con mayor ritmo. A partir de 1880, aunque estas regiones sigan participando en el total, otras tomarán el relevo en los escalones más altos de las estadísticas, especialmente los gallegos, que constituirán una parte muy importante de la comunidad española en la Argentina.

Los franceses constituyen un caso atípico en el conjunto de la inmigración europea. A diferencia de la mayoría de los países del continente, Francia no era un país expulsor. Tanto es así que si en 1869 representaban el 15% del total de extranjeros, irán disminuyendo con ritmo sostenido hasta constituir solamente una pequeña proporción a principios de siglo.

El impacto del fenómeno migratorio sobre la sociedad en su conjunto y sobre el proceso de formación de la clase obrera urbana, en particular, permite hacer algunas observaciones relevantes. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que de todos los países que en la época de las grandes migraciones transoceánicas admitieron contingentes masivos de extranjeros -Estados Unidos, Canadá, Brasil, Uruguay, Nueva Zelanda, Australia - la Argentina es el que recibió, en términos relativos, ya que no en términos absolutos, los mayores porcentajes de extranjeros respecto a la población nativa preexistente.

Esto no dejaría de generar un fuerte impacto en una sociedad poco estructurada desde un punto de vista social moderno, es decir capitalista, en la que las clases se estaban constituyendo. Esto permitiría a los extranjeros desempeñar roles de primera importancia en todos los órdenes, entre los cuales no fue menor el laboral.

Otra de las características centrales de la época -y que probablemente no haya sido única de la Argentina- es una cierta tendencia a la

identificación entre grupo étnico y categoría socio-profesional. Esta tendencia se conformaba por dos vías principales. Por un lado procedía de la existencia de ciertas tradiciones de especialización laboral en los países de origen. Así por ejemplo, los franceses gozaban de prestigio en la gastronomía y la hotelería o en la educación; los italianos originarios de la región de Massa Carrara tendrán una fuerte presencia entre los marmoleros; los catalanes en el comercio; los vascos y los irlandeses en la cría de ovejas.

Este fenómeno está estrechamente vinculado con otra tendencia de importancia: la de la formación de una suerte de escala jerárquica entre los distintos grupos étnicos de inmigrantes. En todo este período los ingleses figuran en el tope. Se trata de una inmigración de «ejecutivos», como la ha definido el historiador Guy Bourdè: estancieros, comerciantes, empleados del ferrocarril. En segundo lugar, estaban los franceses, por su condición de artesanos, en muchos casos y sobre todo, precedidos por el prestigio cultural que lo francés tenía en la Argentina. En esos momentos el escalón más bajo lo ocupaban los italianos del norte. Según decía el «periodista viajero» francés Pierre Berne, los únicos que trabajaban más barato que ellos eran los indios.

Sin embargo, esta escala jerárquica no es inmóvil ni estable: tiende a rehacerse periódicamente. Y esto se debe al alto grado de movilidad social que existía en la Argentina de la época y que se manifestaba tanto en sentido vertical como horizontal. Vertical: porque en una sociedad poco estructurada, como se dijo, existían amplios márgenes para el ascenso social, ocupando espacios que han sido dejados vacíos por otros que también han ascendido. Y esto valía tanto en el plano individual para el peón que podía pasar a oficial a través de un aprendizaje - muchas veces no muy largo- o para el auxiliar de comercio que podía convertirse en pequeño patrón; como en el colectivo. En efecto, algunos grupos étnicos ocuparán el lugar de otros que se han desplazado hacia otros oficios. Un claro ejemplo es de los italianos en las zonas más cercanas a la actual Capital Federal, en la provincia de Buenos Aires, que pasarán a ser mayoritarios en los hornos ladrilleros, reemplazando a los vascos, cuando éstos se dedicaron en buena parte a actividades ganaderas en posiciones más ventajosas, como medieros.



Grupo de inmigrantes.

La identificación entre grupo étnico y categoría socio-profesional se producía en estos casos ya no por las tradiciones laborales existentes en los países de origen, sino por las creadas en el propio país receptor.

El análisis estadístico por sexo y edades contribuye a delinear un perfil de la masa inmigratoria. Del total de ingresados entre 1857 y 1879, el 73,5% eran varones, entre ellos un 8% niños y casi el 21% mujeres, siendo niñas el 6%, lo que daba, a su turno, alrededor de un 86% de adultos y casi un 14% de menores de 14 años.

Hasta cierto punto, los mayores índices de mujeres y menores pueden vincularse con los inmigrantes del noroeste y centro de Europa y también con la agricultura y los procesos de instalación de colonias, es decir con una inmigración de tipo familiar. Excepciones al promedio general son los austriacos, con un 50% de varones adultos; los suizos con 56%; los franceses con 61% y los alemanes con igual porcentaje. En esos casos se observa una mayor presencia de mujeres y menores.

No existen datos estadísticos para evaluar las profesiones declaradas por los inmigrantes hasta fines de los años setenta. Sí hay informa-

ciones sobre el período 1876-1895 que, aunque es poco probable que se hayan producido cambios distorsionantes de la visión que podemos tener de la época que nos ocupa, tienen sólo valor ilustrativo.

El 58% de los llegados declara la profesión de agricultor. Sin embargo, como se ha señalado muchas veces, es muy probable que los porcentajes estén distorsionados por falsas declaraciones alentadas por las expectativas que existían sobre la posibilidad de acceder al trabajo de la tierra. En segundo lugar, un 11% se anuncia como comerciantes y en igual medida se presentan los que no declaran profesión. Finalmente, entre las más representativas, un 4% afirma ser artesano.

Un perfil de conjunto del fenómeno inmigratorio en la Argentina revela, en primer lugar, la presencia de un proceso sostenido de ingresos, con volúmenes en constante aumento. Esta tendencia sólo es alterada coyunturalmente, hacia abajo en los momentos de epidemias y crisis económicas y hacia arriba cuando, debido a ciertos acontecimientos políticos europeos, a los migrantes normales se agregan contingentes de exiliados políticos.

Por otra parte, la mayoría de los llegados procede del sudeste europeo, aunque todavía en las primeras épocas hay algunos porcentajes significativos de inmigrantes que vienen desde el noroeste del continente. Esto se corresponde con las nacionalidades extranjeras preponderantes en el período: italianos, españoles y franceses. A su vez en el seno de esos grupos son mayoría los que proceden de las zonas más desarrolladas de sus países de origen, a excepción del caso francés que tiene particularidades propias.

La mayoría son campesinos y jornaleros sin oficio, aunque matiza esta tendencia por la presencia de algunos artesanos y personas vinculadas de distintas maneras al comercio. Se trata también de una inmigración en la cual predominan los varones adultos.

LOS TRABAJADORES EN BUENOS AIRES

El año 1855 es para Buenos Aires el momento de varios comienzos. Se inicia la inmigración sistemática, se amplía el mercado de trabajo y aparecen las primeras organizaciones mutualistas de los trabajado-

res. En una visión retrospectiva contenida en el Segundo Censo Nacional de 1895, se recuerda que en aquel año existían en la ciudad 1.265 establecimientos «industriales». En realidad, no eran más que talleres artesanales, que empleaban poca mano de obra y tenían un escaso grado de organización técnica y social del trabajo.

De ese total, 223 figuraban como pertenecientes al sector «Alimentación», constituido por una mayoría de panaderías y confiterías. «Vestido y Tocador» incluía a 278 sastrerías y zapaterías. El rubro construcción comprendía a 179 carpinterías y 34 hornos y fábricas de ladrillo. La fabricación de «muebles» estaba formada por 55 mueblerías y 49 talabarterías. La «metalurgia» se reducía a 78 herrerías y 49 talabarterías. El resto eran joyerías, tintorerías, fábricas de jabón, vela y grasas, talleres gráficos y fábricas de cigarrillos. Había, además, 3.139 establecimientos comerciales, de los cuales la mitad estaba dedicada a «Alimentación y Alojamiento».

Todas estas cifras permiten apreciar el carácter rudimentario y artesanal de esas «industrias» dedicadas al consumo local. Sin embargo, esos 1.265 talleres habían duplicado a los 674 censados en 1822. Si bien los datos de 1855 no permiten comparaciones con los de 1869, porque sólo se refieren a número de establecimientos, la cantidad de trabajadores manuales que reporta el Primer Censo Nacional para Buenos Aires es reveladora de las transformaciones que se habían producido en esos catorce años.

En 1869, 34.552 personas ejercían «Artes Manuales». Diez mil de ellas trabajaban en establecimientos catalogados como construcción, metalurgia y lo que en la época se denominaba «maquinismo». El oficio más numeroso era el de albañil. Un oficial con experiencia no tenía muchas dificultades en conseguir trabajo. Sin embargo, una condición de la época para ese oficio, como para otros artesanales o independientes, requería la posesión de un juego de herramientas.

Durante los años setenta el ramo de la construcción aumentará su importancia relativa. Y no solamente en las actividades propiamente dichas de la «construcción», es decir, la albañilería, sino que al mismo tiempo, por efecto indirecto, fomentará una serie de actividades manufactureras conexas. También se incrementará el número y la vigencia de oficios tales como herreros, yeseros, marmoleros y pintores. No sólo la

construcción privada requerirá ese tipo de mano de obra calificada, sino que también lo harán, en parte, las obras públicas del período.

Casi tan numerosos como los albañiles eran los carpinteros, aunque debe suponerse que no todos trabajaban para la construcción propiamente dicha, sino que algunos lo hacían también en lo que en la época figuraba como el rubro de «Muebles y Ornamentos». El resto del ramo estaba cubierto por herreros, pintores, maquinistas, hojalateros, horneros, mecánicos y fundidores.

Otros 15.681 trabajadores se desempeñaban en actividades vinculadas con la producción artesanal para el consumo local: costureras, zapateros, cigarreros, sastres, talabarteros, confiteros, peluqueros, modistas, relojeros, toneleros, sombrereros y joyeros. Finalmente, el Censo constataba la existencia de 460 tipógrafos, 2.214 carreros, 635 cocheros, 14.068 domésticos, 3.351 lavanderas, 2.393 planchadoras y 10.200 jornaleros.

Muchos de estos talleres artesanales combinaban tanto la fabricación como la reparación y más adelante también la comercialización al menudeo de sus productos. Sin embargo, esos cambios se harán más intensos después de 1880, tal como reflejan los datos censales de 1887.

En buena medida el incremento de esas actividades artesanales responde a las nuevas tendencias que se reflejan en la demanda debido a la creciente presencia en la ciudad, y en parte también en la provincia, de numerosos extranjeros con hábitos culturales, y por ende de consumo, innovadores.

Al mismo tiempo la evolución favorable de algunos de esos sectores artesanales se debe -tal como lo han señalado los muy completos estudios sobre la época de Hilda Sabato y Luis Alberto Romero- a una demanda crecientemente sofisticada procedente de la elite. En efecto, grupos tales como los joyeros y la confección de ropa refinada vivirán un proceso de crecimiento cuantitativo y cualitativo.

Lenta y paulatinamente, en ciertos sectores se verificará una modificación progresiva de la organización técnica y social del trabajo. Sin embargo, en algunos casos la mayor mecanización irá acompañada de una disminución de los niveles de empleo, como se pudo verificar en el gremio de los cigarreros. De cualquier manera, la heterogeneidad de la composición de esos contingentes de la producción artesanal se man-

tiene o se incrementa. Detrás de cada denominación por rubro se encuentra un conjunto de funciones y oficios diferentes, que revelan diferencias ocupacionales y por niveles de calificación.

Sin embargo, como en otros lugares del país que reciben contingentes significativos de inmigrantes, el grupo que más se incrementa es el de los «sin oficio», los peones y jornaleros. En buena medida, las principales obras públicas del período -recordemos que es una época en la cual las políticas estatales tienen gran incidencia en los niveles de empleo- absorben una cuota importante de ese tipo de mano de obra. Los ferrocarriles y las grandes obras de salubridad serán las más importantes del período.

Otro sector de crecimiento relevante fue el del comercio. Este rubro incluía actividades muy variadas, que iban desde el comercio «instalado», pasando por los pequeños comerciantes independientes que abastecían zonas restringidas -«barriales»- del consumo interno, hasta vendedores ambulantes. Amén de que crecientemente irá comprendiendo a lo que se llamaba «dependientes», en realidad asalariados en distintas formas y grados. Al mismo tiempo se verificará una mayor diversificación del comercio, con la aparición de «especializaciones» tales como boticas, mercerías, pinturerías, etc.

Hacia el fin del período en la provincia de Buenos Aires, el censo de 1881 mencionaba cerca de 5.000 trabajadores «industriales», repartidos en saladeros, molinos harineros, talleres varios, fábricas de ladrillo, de jabón, vela y otras varias. La concentración de la mano de obra por establecimiento era baja. A excepción de los 12 saladeros que tenían un promedio de 145 obreros, en el resto la media era de 6,3 trabajadores por establecimiento.

En muchos casos estos establecimientos, tanto los de la provincia como los de la ciudad, funcionaban sobre la base de la explotación de la mano de obra familiar. Además, aunque no existen cifras ciertas y globales para la época, numerosos testimonios aseguran que la mano de obra industrial se componía en buena medida de mujeres y niños.

Estos trabajadores, artesanos u obreros con cierto grado de calificación se correspondían bien con la demanda dominante en el período. Todavía en esos años los gobernantes y los representantes argentinos en Europa hacían esfuerzos por atraer ese tipo de inmigrantes. En los años sesenta y setenta la propaganda argentina en Europa está dirigida,

principalmente, hacia las zonas más industrializadas. En décadas posteriores esta preocupación quedará desplazada y se dejará librado el curso del proceso al flujo espontáneo, en la medida que el interés fundamental será la provisión de mano de obra barata.

Será de esa capa de trabajadores que nacerán las primeras organizaciones autónomas de los trabajadores: las sociedades mutuales, estructuradas sobre la base de oficios y con el propósito declarado de la ayuda mutua entre sus miembros y la defensa del «arte» o profesión.

La más antigua es la Sociedad Tipográfica Bonaerense, creada el 25 de mayo de 1857, con los propósitos de «propender al adelanto del arte tipográfico», auxiliar a los miembros enfermos o imposibilitados de trabajar y obtener que los obreros estén siempre remunerados, de acuerdo con sus aptitudes y conocimientos, de manera que les garantice la existencia. Los objetivos de la sociedad entremezclan planteos netamente



Certificado de miembro de la Sociedad Tipográfica Bonaerense

mutualistas y asistencialistas con otros corporativos profesionales y finalmente también con propósitos reivindicativos salariales.

A comienzos de la década del sesenta aparecerán varias asociaciones similares. La que sigue en orden cronológico a la de los tipógrafos es una que agremia a los zapateros y que lleva el nombre de su santo protector: San Crispín. Después aparecen dos mutuales más, una agrupa a jornaleros del campo y otra a artesanos urbanos. Hacia 1870 existían también sociedades de albañiles, panaderos y trabajadores de la construcción. En 1874 y 1875 hubo sendas tentativas de organizar una asociación de talabarteros. También en 1873, dos sociedades obreras, una de sastres y otra de carpinteros, mantenían contactos con las secciones porteñas de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT).

Es muy probable que éstas no fueran las únicas sociedades mutuales que existían en Buenos Aires en esos años. No debe descartarse que haya habido otras, posiblemente de vida efímera, como las mencionadas, con la excepción de la Tipográfica Bonaerense. Tampoco se puede descartar que en un mismo gremio se hayan sucedido varias tentativas frustradas de formar una organización, como ocurrió con los talabarteros. Las mutuales creadas sobre bases profesionales, corporativas, no eran el único tipo de organización mutualista. Las había de distintas características: «argentinas», que excluían extranjeros; «mixtas», integradas por nativos e inmigrantes; fomentadas por patrones, como el caso de una mutual de tipógrafos en Rosario.

Pero, sin duda, las más importantes fueron las vinculadas a las colectividades extranjeras, es decir organizadas sobre criterios etnolingüísticos. Posiblemente la más importante y una de las primeras en nacer, fue la italiana Unione e Benevolenza;¹ españoles, gallegos, franceses y otros constituyeron varias asociaciones de este tipo. El inmigrante era antes que nada un extranjero. La función tutelar del Estado se limitaba a alojarlos en el Hotel de Inmigrantes a su llegada y a la posibilidad de hacer una primera gestión ante las oficinas de trabajo estatales. La acción de los cónsules extranjeros era limitada. Este marco, la solidaridad de sus connacionales e incluso de sus «paisanos» era fundamental. Esto operaba en el plano de las relaciones individuales, pero adquiría un carácter institucional y colectivo con la acción de las mutuales por nacionalidad extranjera. Este tipo de acción mutualista se desenvuelve sobre todo en los años setenta. El Hospital Italiano es crea-

¹ Véase capítulo 3: «La vida pública en Buenos Aires».

do en 1872, cinco años después el Español y aproximadamente uno después los hospitales Alemán, Francés e Inglés.

Generalmente, a la cabeza de estas iniciativas mutualistas se encontraban miembros encumbrados de las colectividades extranjeras, quienes en muchos casos tenían vinculaciones tanto con la política local como con la de sus países de origen. Esto era particularmente cierto en el caso de los italianos. Cuando se produce el comienzo de la inmigración masiva, ya existía en la Argentina un núcleo importante de italianos: comerciantes, profesionales liberales, artesanos. Estos sectores van a actuar como una suerte de elite política y social ante sus connacionales recién llegados. Se establece así un entramado de relaciones, en el cual conviven la solidaridad, el común sentimiento patrio, las coincidencias políticas y ciertos vínculos clientelares.

Particularmente activos entre los italianos son los republicanos mazzinistas, ligados además, en algunos casos, a la masonería. Mantener la identidad italiana será de su parte un esfuerzo constante, no sólo en el plano de la solidaridad, sino sobre todo en el simbólico. La celebración del «Venti Settembre» adquiriría tales dimensiones que podría competir con la de las fiestas cívicas argentinas. La acción de esta elite tenía dos consecuencias importantes, más allá de que fueran o no buscadas *ex profeso*. Por un lado, la elite italiana se convertía en mediadora en el proceso de integración de los extranjeros a la sociedad receptora. Integración que si bien no trataba de impedir totalmente, al menos intentaba regular.

Por otro lado, la persistencia de una identidad entre connacionales de distintas procedencias sociales retardaba la fusión de los trabajadores de todos los colores en una clase proletaria. En muchas ocasiones, los empleadores extranjeros preferían tomar asalariados de su propio país, de su propia región e incluso de su propio *paese* o comuna. En ese sentido el surgimiento de las asociaciones mutuales por oficio implicaba un punto inicial de ruptura con ese tipo de filiación. La tensión entre la persistencia de la identidad étnica y la formación de una identidad de clase, bosquejada ya en esta época, se mantendrá durante varias décadas en la Argentina. Por lo tanto y contrariamente a lo que podría suponerse el surgimiento de organizaciones sobre bases corporativas, clasistas, tenía una función integradora, aunque muchas veces sus discursos fueran internacionalistas y antipatrióticos.

Como se ha visto en el caso de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, estas sociedades combinaban propósitos corporativos propiamente dichos, la defensa del oficio, funciones de ayuda mutua y una cierta actitud reivindicativa salarial. La evolución de estas organizaciones parece haber sido disímil. En algunos casos se convertirán años después en «sociedades de resistencia», en otros permanecerán con un carácter mutualista, como es el caso de los tipógrafos. Sin embargo, de esa sociedad saldrán los militantes que conformarán una organización con propósitos sindicales más definidos.

Paralelamente a ese proceso de formación de sociedades mutualistas, se produce el nacimiento de un tipo de literatura que puede ser denominada genéricamente como socialista o partidaria de lo que solía llamarse «la república social». Una de las más importantes entre esas expresiones fue *El Artesano*, aparecido en 1863. El director era Bartolomé Victory y Suárez, un tipógrafo español nacido en Baleares, que desde joven había militado en organizaciones obreras, colaborado en varios periódicos y adherido a la masonería, a la cual continuó perteneciendo aun después de su llegada a la Argentina. En 1864 publicó una edición anotada de *El comunismo*, de Etienne Cabet. En una de las notas se autodefinía ideológicamente, afirmando no ser comunista «monacal», pero sí socialista. Colaboró en el periódico de la Sociedad Tipográfica Bonaerense y contribuyó al establecimiento de contactos con los internacionalistas de España. Aunque se mantuvo alejado de las secciones de la AIT que se instalarían en Buenos Aires a comienzos de los setenta, en ocasión del arresto de varios de sus militantes en 1875, escribió un artículo en su defensa.

El Artesano produjo su primer número el 1° de marzo de 1863, que se titulaba *Semanario Enciclopédico*, y se proponía abordar una amplia gama de temas que comprendía «arte, industria, economía» y también «administración, higiene y consejos útiles». Victory y Suárez fue el titular de la dirección entre los números 8 y 18. Luego de un corto ensayo de aparición bisemanal, dejó de salir después del número 28 en julio de 1863.

Colaboraron en este periódico intelectuales conocidos de la época, socialistas o liberales republicanos, como Amadée Jacques, Alexis Peyret, Martin de Moussy, A. Estrada y Francisco Bilbao. Sin embargo, esto no permite suponer que hubiera un real conjunto de intelectuales detrás de *El Artesano*, ya que en la mayoría de los casos sólo se trataba de autorizaciones para reproducir artículos.

El periódico tenía una orientación genéricamente socialista, republicana, reformista. Combinaba los reclamos de mejores condiciones de vida para los trabajadores con llamados al esfuerzo común para construir la nación, e incitaciones a forjar el progreso social. Al mismo tiempo que proclamaba la necesidad de conciliar los intereses de los inmigrantes con los del país, sostenía la conveniencia de no inmiscuirse «en política».

Al lado de sus planteos socializantes, de sus reclamos de mayor progreso, de sus análisis sobre la situación política, intercalaba cuestiones de técnicas industriales artesanales. Las ambigüedades del periódico parecen reflejar ideas que deben haber sido comunes a muchos de los artesanos urbanos extranjeros de la época. Tendía a representar sus intereses e instaba para ello a la formación de un Club de Artesanos. Como lo ha observado Julio Godio, la ausencia de una burguesía industrial favorecía que, hasta cierto punto, esos artesanos ocuparan el lugar que hubiera cabido.

Paralelamente a su reivindicación de los artesanos, Victory y Suárez mantenía estrechas relaciones con la Sociedad Tipográfica Bonaerense. En aparente paradoja, en una ciudad en la cual predominaban los extranjeros entre los trabajadores, el rol de vanguardia en la forja del movimiento obrero le cupo al gremio de los tipógrafos, integrado mayoritariamente por argentinos de nacimiento.

En todo este período los tipógrafos constituyeron una suerte de elite gremial entre los trabajadores. Esto se explica, por lo menos, por dos razones. En primer lugar, porque el oficio requería saber leer y escribir en castellano, lo cual no era en la época algo común. Es por esta razón que además de los argentinos de nacimiento había entre los tipógrafos una proporción de españoles. Es cierto que también existían cajistas, como se decía en la época, de otras lenguas, debido a que también se imprimía en idiomas extranjeros. La segunda razón es que su propio oficio los había familiarizado con el arte de imprimir y editar. Por ello, el gremio fue, probablemente, el que más periódicos de propaganda produjo en el período. En los primeros años editaron *El Tipógrafo Argentino*, reemplazado poco después por *El Estímulo* y luego por *Anales y El Obrero Tipógrafo*.

Uno de los textos de los que se dispone para conocer el pensamiento de los tipógrafos es un artículo editorial del número inicial de

Anales, redactado por Victory y Suárez y que aparece siete años después de sus escritos de *El Artesano*. La «asociación» constituye el elemento esencial en las propuestas de Victory y Suárez. No es un concepto novedoso en el pensamiento de los tipógrafos. Ya en una Memoria de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, en 1862, Lucio Dolsei Fontanel, presidente de la organización, afirmaba que la asociación era la idea que marchaba a la vanguardia de la civilización universal.

El gran ejemplo de los efectos de la asociación había estado dado nada menos que por la revolución francesa de 1789, que había congregado a millares de hombres, mujeres y niños, que habían resuelto reunirse para adquirir la fuerza necesaria que les permitiera salir de la servidumbre en la que se contaban y sacudir el yugo de la tiranía.

Sin embargo los resultados de ese proceso habían sido desiguales. Todos contribuyeron en la concreción de la revolución, pero no todos participaron equitativamente en sus beneficios. Por lo tanto se hizo necesaria la búsqueda de nuevos caminos, que llevaron al estudio y la reflexión sobre la necesidad de forjar una organización social en la que cada uno de los asociados pudiera obtener el producto íntegro de su labor.

En este camino, para Victory y Suárez, el punto de partida de la asociación debería ser el principio de la cooperación recíproca inspirado en la doctrina de «todos para cada uno y cada uno para todos». Sin embargo, consideraba que las posibilidades de aplicación inmediata de este principio estaban demoradas porque el privilegio y el individualismo se habían hecho carne en la condición social de los pueblos.

Por lo tanto era necesario aplicar una «graduación orgánica», cuyo primer paso era fomentar por doquier el «espíritu de asociación». El segundo paso en esta suerte de «socialismo evolucionista» era una etapa corporativa, organizando a los asociados por gremios, profesiones e industrias y en formas adecuadas para el consumo propio. La tercera etapa consistía en la producción por cuenta y provecho propio y fundando el crédito recíproco, que diera al capital-trabajo la fuerza suficiente para enfrentar al capital-dinero, asegurando así al trabajador su derecho al trabajo y al producto íntegro de sus labores.

Victory y Suárez, en ese mismo artículo de *Anales*, consideraba que la libertad era un elemento importante, pero insuficiente en sí mismo



Avenida Rivadavia en Plaza Once

para asegurar la emancipación de los trabajadores. Ejemplificaba esta insuficiencia de la libertad política con el caso de Estados Unidos. La libertad es un medio que ayuda a los trabajadores a través del desarrollo de la «asociación», que es la que les permitirá obtener el fruto de su trabajo y por lo tanto ser libres política y socialmente hablando.

Consecuencia de ese razonamiento era el hecho de que los trabajadores no debían tener otra participación en política que la de exigir a sus representantes garantías para el libre ejercicio de sus facultades. Utilizando la libertad solamente como medio y por lo tanto no limitando sus propósitos a las prácticas democráticas ni a la acción parlamentaria, todos los productores se asociarían hasta que el trabajo llegara a ser tan fuerte como el capital.

Hay otro texto de la época que permite conocer más el pensamiento de los tipógrafos. Se trata del discurso pronunciado en la asamblea anual del 25 de mayo de 1871 por el presidente de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, José María P. Méndez. Preconiza una revolución social, pacífica e igualitarista. Esta revolución se encontraba en germen y no estallaba aún por falta de cohesión y de emulación. Esa revolución llegaría cuando se hubiera constituido la federación de las clases trabajadoras en un centro único, regido por una legislación sabia y equitativa. El objetivo final sería erradicar la explotación del hombre por el hombre,

estableciendo leyes justas que garantizaran tanto al pobre como al rico las condiciones legales de su trabajo. Méndez sostenía enfáticamente la necesidad de evitar la violencia y agregaba que la revolución encabezada por las masas trabajadoras debería ser precedida por las leyes y el derecho.

En los dos textos, en el de Victory y Suárez y en el de Méndez, aparecen temas comunes, pese a la existencia de ciertos matices: la idea de una revolución pacífica, legal, que pusiera límites al afán de explotación de los ricos y poderosos y la necesidad de una previa acción reformista gradual a través de una legislación protectora del trabajo. Sin embargo, aunque limitada, aparece en el texto de Méndez una cierta presencia de la AIT. El artículo de Victory y Suárez figuraba en el número de *Anales* que fue enviado a España y que sirvió como primer contacto con la AIT. En cambio, el discurso de Méndez se produce cuando los españoles ya han respondido epistolarmente. Además, hay una frase que Méndez emplea: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», que sin duda procede de los contactos establecidos con la AIT.

El presidente de la Tipográfica da lectura a algunos párrafos de un mensaje de salutación enviado por los redactores de *La Federación*; la carta plantea el establecimiento de relaciones regulares a través del canje entre el periódico español y *Anales*. Finalmente, afirma que están trabajando para establecer por medio de la igualdad económica, la enseñanza integral y la «Libre Federación Universal» de libres asociaciones obreras, agrícolas e industriales, en todo el planeta los grandes temas de «Libertad, Igualdad, Fraternidad, trabajo y justicia».

Es interesante el juicio contemporáneo que formula Francisco Mora, secretario del Consejo Federal de la AIT en España, quien luego de haber leído el primer número de *Anales*, afirmaba que los tipógrafos argentinos eran «internacionales en el fondo», aunque desconocieran el mecanismo y el desarrollo de la Internacional. Es muy probable que Victory y Suárez contara con lecturas diversas en su formación ideológica. En este sentido, no es descartable la sugerencia de Diego Abad de Santillán sobre las posibles influencias del socialismo humanista del español Fernando Garrido en el caso de Victory y Suárez o de Ferdinand Gambond, propuestas para Méndez por Max Nettlau, o incluso de Proudhon.

Hubo otros periódicos aparecidos entre 1875 y 1879, que en general pertenecían a esa franja de pensamiento que definimos como «social republicana», o en todo caso, ni bakuninista ni marxista. En 1875 aparece *Le Revolutionnaire*, dirigido por Stanislas Pourrile, que había militado en Francia durante los acontecimientos de la Comuna de 1871, con el seudónimo de «Blanchet».

El periódico se presentaba como una publicación «política, histórica, satírica y literaria». Exhibía fuertes concepciones republicanas y un furioso anticlericalismo. Se proclamaba continuador de Rousseau, Robespierre, Saint Simon, Cabet, Leroux, Egard Quinet y Garibaldi. Hacía la defensa de la «lucha de clases» entendida como una confrontación entre la «clase burguesa» y la «clase proletaria».

Sin embargo, en otros momentos sus definiciones eran más ingenuas: eran revolucionarios todos aquellos que deseaban reemplazar el mal por el bien. Identificaba a la revolución con el progreso y consideraba que todo aquel que trabaja por un cambio es un revolucionario.

Esa concepción de revolución le permitía formular una larga lista de revolucionarios, que comenzaba con Confucio y Solón, incluía a San Martín y Belgrano y culminaba con Victor Hugo, Cabet, Leroux, Proudhon, Blanqui, Fourier, Mazzini y Garibaldi. *Le Revolutionnaire* subsistió entre el 9 de julio de 1875 y el 24 de enero de 1876.

En enero de 1879 apareció *El Descamisado*, que llevaba el subtítulo de «Periódico Rojo» y que no logró sobrepasar dos números en una semana. Su director Pedro Sarraru, al explicar en el segundo número por qué el primero había sido impreso con tinta roja, afirmaba que era el color de la sangre y que había pretendido significar que con ella el pueblo conquistó la libertad que le era negada.

El Descamisado se autoproclamaba como un periódico de lucha y sostenía que los partidos no conservadores habían entendido que su misión era la de retemplar el espíritu de la gente de los talleres y la de oponer una valla a las pretensiones injustas de la aristocracia. Finalmente anunciaba una guerra santa, incruenta, que debería echar por tierra las prácticas abusivas que habían puesto en peligro la dignidad social.

A fines de 1877 también apareció *El Socialista*, dirigido por Federico Dozo y del cual se sabe únicamente que se reivindicaba «órgano de

Un periódico socialista en 1879

«Se llamaba *El Descamisado*, y de él sabemos que alcanzó a publicar, en el término de una semana, dos números. El primero, impreso en tinta roja, 'tinta color sangre, decía su editor en el siguiente, con lo que quisimos significar que el pueblo ha conquistado con la suya su derecho a la igualdad que se le niega', fue recogido por la policía. Noticias que en su segunda edición se daban aseguraban que las autoridades policiales, resueltas a evitar la publicación de *El Descamisado*, impidieron su distribución callejera y su venta. Del contenido de este número inicial nada sabemos. El segundo del cual conserva un ejemplar la Biblioteca Nacional, apareció el 13 de enero del mismo año de 1879. Diremos de él.

El Descamisado tenía un subtítulo. Era éste: 'Periódico Rojo'. Junto a él se leía el nombre de su editor responsable: Pedro J. Sarraru y la indicación siguiente: 'Aparece los lunes y los jueves'. Al pie de su última página se daba la dirección de la imprenta. Ésta: 'Imprenta Europea. Reconquista 73'. El segundo reiteraba su 'profesión de fe socialista'.

Dardo Cúneo, *Revista Socialista*, Buenos Aires, septiembre de 1937, pág. 98.

los intereses sociales». En marzo de 1878 fue editado *La Luz*, que se presentaba como «órgano de las clases proletarias». En 1879 una sociedad de dependientes de comercio que había sido creada en 1870 al mismo tiempo que otra de cigarreros, publicó *El Cosmopolita*.

LA PRIMERA INTERNACIONAL EN LA ARGENTINA

En 1870 llegó a Barcelona el periódico *Anales*, de la Sociedad Tipográfica Bonaerense. El 14 de diciembre, el secretario del Consejo Federal de la Región Española, Francisco Mora, envió una carta al Consejo General de la AIT, con sede en Londres, informando de ese hecho y afirmando que los tipógrafos argentinos tenían lazos con similares de Córdoba, Montevideo, Valparaíso y Río de Janeiro. Mora recomendaba

que el Consejo General se pusiera en contacto con los argentinos porque podrían servir de punta de lanza para formar secciones internacionalistas en toda Sudamérica. Que Londres compartía esa opinión lo revela la pronta respuesta de Engels, el 13 de enero de 1871, en nombre del Consejo General, instando a que se establecieran contactos con los tipógrafos de Buenos Aires y que luego se informaran los resultados. Al mismo tiempo, Engels solicitaba a Mora que le enviara un ejemplar de *Anales*.

No obstante la existencia de contactos desde 1870, la organización efectiva de secciones de la AIT en Buenos Aires arranca en 1872, con la llegada de numerosos exiliados franceses, luego de la derrota de la Comuna en 1871, aunque José Ingenieros afirma que desde ese año existía una sección. Sin embargo no hay ningún otro dato que pueda ampliar esa información.

De cualquier manera el documento más antiguo que da fe de la existencia de una sección de la AIT en Buenos Aires fija su nacimiento el 28 de enero de 1872. Se trata de una carta enviada por E. Flaesch, quien luego firmará su correspondencia con el título de «Fundador de la Internacional en Buenos Aires», al Consejo General de Londres, firmada el 1 de febrero.

Todo indica que Flaesch desempeñó un papel importante en los primeros tiempos de la AIT en la Argentina. Firmó tres cartas dirigidas a Londres, informando sobre la actividad en Buenos Aires. Después ya no habrá ningún indicio sobre él. Es muy probable que Flaesch fuera un seudónimo. El historiador Marcelo Segall ha sugerido que podría tratarse de Emile Dumas, militante socialista que participó en los acontecimientos armados de 1890.

Sin embargo, Dumas nació el 18 de noviembre de 1873 y viajó a la Argentina cuando tenía dieciséis años, por lo tanto no podía ser Flaesch. Otra hipótesis es que se trate de otro Emile Dumas que había sido teniente del batallón federado 118 durante la Comuna de París y que fue condenado en ausencia a la deportación en enero de 1873, después de haberse fugado, luego de la derrota. Esta hipótesis estaría avalada por el hecho de que Carlos Rama menciona a Emile Dumas como director del periódico de la sección francesa de Buenos Aires.

El 28 de enero de 1872, 26 personas crearon en una reunión la *Section Française de la Association Internationale de Travailleurs*. En la carta enviada por Flaesch a Londres solicitaban su admisión en la AIT y

expresaban con optimismo que en poco tiempo incrementarían la cantidad de adherentes.

El crecimiento numérico fue rápido e ingresaron no sólo más franceses sino también italianos y españoles. En abril el número de miembros era de ochenta y Flaesch notificaba a Londres que en una próxima reunión serían presentados otros nuevos. En julio la sección francesa contaba con 273 adherentes y se anunciaba la formación de otra de italianos, a la que Flaesch auguraba un futuro promisorio, ya que esa nacionalidad era la más numerosa entre los extranjeros.

A mediados de 1873 la actividad de la AIT en la Argentina estaba relativamente consolidada. Existían tres secciones, la francesa, la italiana y una tercera española de creación un poco más tardía. La primera tenía 130 miembros, la segunda 90 y la tercera 45. Cada una de ellas tenía un Comité Central, que enviaba dos miembros a un Consejo Federal que era el coordinador del conjunto de la actividad.

El secretario general del Consejo era A. Aubert. Probablemente también en este caso se tratara de un seudónimo. Max Nettlau ha sugerido que podría ser Aubergne, uno de los internacionalistas que fueron encarcelados en 1875 en Buenos Aires.

Una cuarta sección fue creada en Córdoba en 1874. A diferencia de las de Buenos Aires, no estaba organizada sobre la base de nacionalidades extranjeras, sino apoyada en sociedades obreras y con la adhesión de estudiantes. No obstante no se conoce ninguna otra información sobre esta sección, que seguramente tuvo una vida efímera.

Si se tienen en cuenta las dificultades que enfrentaban los internacionalistas en su actividad en la Argentina, el rápido crecimiento numérico puede parecer sorprendente. El acelerado ritmo de reclutamiento se explica porque reagrupaban a exiliados que ya tenían experiencia política precedente a su arribo a Buenos Aires. Un indicio de que ese ritmo se fue desacelerando es el total de miembros que resulta de la suma de las cifras dadas para cada sección en julio de 1873. Este número, 265, es levemente inferior a los 273 que Flaesch contabilizaba en 1872.

Aunque el número de miembros es importante, hay muchos indicios sobre la existencia de serias dificultades para insertarse en el seno de la capa de trabajadores de Buenos Aires. Uno de los principales problemas es que la AIT introducía proposiciones ideológicas y formas

organizativas generadas en las experiencias europeas que no se correspondían con la evolución que habían tenido hasta entonces los trabajadores argentinos.

Las propuestas de organización sindical y política que formulaban los internacionalistas chocaban con la tradición mutualista, reformista y legalista que había predominado hasta entonces. La aparición de ideas bakuninistas, blanquistas y marxistas, suponía un salto frente al tipo de evolución que había tenido en los años sesenta el incipiente movimiento obrero local.

Desde el comienzo los internacionalistas centraron su actividad en la propaganda y sus esfuerzos en la aparición de un periódico. Esa intención ya había sido comunicada a Londres por Flaesch a principios de 1872. La publicación habría comenzado en septiembre de ese año, manteniéndose en forma irregular. Poco se sabe de las características del periódico, ya que no se ha preservado ningún ejemplar.

Incluso el nombre del periódico es objeto de distintas versiones. Según un artículo publicado en 1875 en la *Revista Masónica Americana*, por Victory y Suárez, se habría denominado *El Trabajador*. Carlos Rama menciona a *Le labourateur* como órgano de la sección francesa, dirigido por Emile Dumas. Por su parte Leandro Gutiérrez cita además de ese nombre el de *El Organizador*, como publicación de la «Sección Internacional de Trabajadores». La falta de fondos estaba en la base de la aparición irregular del periódico. En mayo de 1873, los suscriptores eran 250, número que los editores consideraban la mitad de los necesarios para conjugar el déficit.

La propaganda no fue la única actividad de los internacionalistas sino que desde el inicio intentaron establecer lazos con las sociedades obreras existentes. En 1872, Flaesch afirmaba con optimismo que numerosas asociaciones estaban dispuestas a aliarse con las secciones de la AIT. No obstante, esta empresa habría de resultar más difícil de lo que esperaban. Un año más tarde, la iniciativa todavía no se había concretado.

En efecto, en 1873 Raymond Wilmart, que fue uno de los militantes más activos de la AIT en Buenos Aires, mostraba en una carta a Marx su preocupación por esa cuestión. Wilmart, nacido en Bélgica en 1850, había sido miembro desde muy joven de la Internacional. Tenía una estrecha amistad personal y política con Paul Lafargue y por su intermedio comenzó a mantener correspondencia regular con Marx.

Fragmentos de la correspondencia de los internacionalistas

(La sociedad Tipográfica Bonaerense) ...*tiene relaciones sociales en Córdoba (América), Montevideo, Valparaíso y Río de Janeiro. Creemos que debéis de ponerlos en relación con ellos, pues es un gran elemento para establecer secciones de la Internacional en toda la América del Sur.*

IISG, Amsterdam, Fonds Jung 836.

Hemos recibido la adhesión de tres secciones numerosas en miembros (franceses 130, italianos 90, españoles 45) de Buenos Aires...

Citado por Max Nettlau, *Suplemento Quincenal de La Protesta*, N° 276, enero 20 de 1928.

La Internacional es el tema de todas las conversaciones. Discursos a favor y en contra, han sido pronunciados en las logias masónicas.

IISG Amsterdam, Fonds Jung 627.

Una proposición fue votada encargando al Consejo Federal de preparar los medios para crear la federación de gremios.

IISG, Amsterdam, Correspondencia a Karl Marx, D. 4604.

Lo que nos ha faltado... son las direcciones de las principales oficinas y sobre todo del Consejo federal; no hemos tenido nunca a nuestra disposición ni periódicos ni boletines de la Asociación.

IISG Amsterdam, Fonds Jung, 423.

En una carta a Marx de 1872, Wilmart le expresa su deseo de ser enviado a algún país donde pudiera cumplir un rol de organizador de la Internacional. En 1873 llegó a Buenos Aires, con nuevas instrucciones para los militantes internacionalistas locales y con nuevas direcciones

para mantener contactos con la fracción de la AIT que después de la escisión encabezaban Marx y Engels.

Tenía también el encargo del Consejo General de presentar en Buenos Aires el informe sobre el congreso de La Haya. Poco tiempo después de su llegada, Wilmart se incorporó al Comité de Administración del periódico de la AIT en la Argentina. Asimismo, habría tenido participación en 1874 en la fundación de la sección cordobesa. En esa ciudad estudió derecho y poco después abandonaría la actividad política dedicándose a las cuestiones jurídicas.

En 1873, Wilmart informaba a Marx que el Consejo Federal había recibido el encargo de organizar una federación de gremios. Esa iniciativa debía partir de las relaciones que mantenían con una sociedad de sastres y otra de carpinteros, aunque admitía que esos vínculos eran muy frágiles. No existen informaciones sobre si ese proyecto llegó a concretarse, pero de haber sido así, la vida de la federación fue sin duda efímera.

Esas intenciones de generar organizaciones con carácter sindical definido chocaban con las fuertes tendencias mutualistas existentes entre algunos miembros de las secciones. Sucesivamente, fueron presentados proyectos de crédito y enseñanza mutua y hasta en ciertas ocasiones los locales de la AIT fueron utilizados para reuniones de propietarios



Obreros en La Boca

de terrenos. Estas expresiones decepcionaban a Wilmart. En una carta a Marx le manifiesta que existen en Buenos Aires demasiadas posibilidades de convertirse en un pequeño patrón y explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar en el sentido que lo preconizaba la Internacional. Sus juicios críticos se extendían al conjunto del país. Sostenía que las diferencias entre las clases eran muy marcadas y que había fuertes prejuicios en contra de los extranjeros, a quienes, decía, llamaban «gringos». En cambio, él pensaba que la afluencia de los extranjeros era una condición vital para que pudiera haber algún progreso social. De lo contrario, afirmaba, «no sabrían hacer otra cosa que montar a caballo».

Refiriéndose a un levantamiento ocurrido en la provincia de Entre Ríos -posiblemente uno de los protagonizados por López Jordán- escribía a Marx, diciendo que toda la política del país era una puja entre personalidades y que en Europa no podrían creer que no solamente había luchas entre los Estados sino también entre las provincias. Sin duda, las ácidas expresiones de Wilmart reflejaban la decepción que individualmente le provocaba la situación argentina a un joven militante que había vivido las experiencias europeas, que había participado en el congreso de La Haya, seguido los debates entre bakuninistas y marxistas, que mantenía amistad con Paul Lafargue y que se escribía regularmente con Marx. Pero expresan también un fenómeno más colectivo y que era el desfase que existía entre los niveles del quehacer político europeo y el argentino.

A partir de 1873 se producen ciertos cambios en la situación social argentina que no dejarían de ser indiferentes para la actividad de los internacionalistas. En primer lugar, producto de modificaciones en los terrenos económico, social y político de Europa, a principios de la década del setenta se registró un aumento bastante acentuado de los volúmenes migratorios, entre 1872 y 1873.

Sin embargo la situación en la Argentina no era tampoco la mejor. La epidemia de fiebre amarilla de 1871 había provocado una cifra importante de muertes entre los habitantes e implicado un clima general de trastornos sociales. Por otro lado, la crisis económica provocó un incremento de la desocupación. Miles de inmigrantes sin trabajo se agolpaban en la ciudad de Buenos Aires.

Como no había ocurrido hasta entonces, signos de profundo malestar e incluso amenazas veladas de estallido se hacían visibles entre los inmigrantes recién llegados. La prensa hablaba desembozadamente

del peligro de subversión social que suponía esa masa de hambrientos y desempleados.

A esa situación de inquietud social se agregaba otro factor preocupante. Había un clima de agitación política debido a las luchas entre diversas fracciones de la política argentina, que continuaría hasta 1876. En 1874, el general Bartolomé Mitre había liderado una frustrada rebelión contra el gobierno del presidente Avellaneda. En esa ocasión los periódicos habían mencionado la presencia de algunos extranjeros entre los sublevados.

Nuevamente en 1875 la prensa volverá a hacerse eco de versiones semejantes. Era cierto que algunos sectores liberales de las comunidades extranjeras habían evidenciado simpatías con los planteos de Mitre. Además, se establecían lazos entre extranjeros y argentinos en el seno de la masonería. Por otra parte, la izquierda liberal de ciertas comunidades de extranjeros –especialmente los mazzinistas en el caso de los italianos- tenía cierto ascendiente sobre una parte de los trabajadores que integraban sus colectividades. Al mismo tiempo, la tensión creada por los efectos de la crisis económica incrementaba la capacidad de movilización por parte de los republicanos extranjeros.

La confluencia de esas dos tendencias se produjo el 28 de febrero de 1875. Una manifestación callejera organizada para protestar contra la aceptación gubernamental de la decisión del arzobispo de Buenos Aires de ceder el templo de San Ignacio a los jesuitas. En un fuerte clima anticlerical, una columna con banderolas con consignas contra los jesuitas, encabezada por el director del periódico *El Correo Español*, Romero Jiménez, se dirige hacia el arzobispado y después al colegio El Salvador, que fue saqueado e incendiado.

A partir de ese acontecimiento la prensa conservadora lanzó una campaña alarmista, agitando el fantasma de la Internacional y aludiendo a una posible repetición en Buenos Aires de los sucesos de la Comuna de París en 1871. También proliferaban los rumores sobre la posibilidad de que, impulsados por sociedades secretas «carbonarias» y por los mazzinistas, columnas de italianos avanzaran sobre el centro de la ciudad desde el barrio de La Boca. El clima de xenofobia se iba generalizando.

El 14 de marzo de 1875 la policía allanó el local de la AIT, secuestró literatura política y detuvo a once militantes, que fueron torturados y

encarcelados durante un mes, hasta que el juez resolvió sobreseerlos al comprobar su falta de vinculación con el incendio de El Salvador. Los detenidos fueron Aubergne, Julio; Broubers, Enrique; Cug, Pablo; Deschamps, Ernesto; Dufour, Francisco; Dufour, José; Dubois, Julio; Job, Desiderio; Loumel, José; Millot, Mateo y Roca, Francisco. Siendo la mayoría de los apellidos de origen francés, resulta claro que los nombres fueron castellanizados por la prensa, como era costumbre en la época.

Sin embargo, en el número 12 de la *Revista Masónica Americana*, del 12 al 31 de julio, Victory y Suárez, que no tenía vinculación con la AIT y se dedicaba enteramente a la cuestión de la masonería, publica el fallo judicial absolutorio de los detenidos del 14 de marzo, con el propósito de sentar un precedente por si en el futuro se desencadenara una represión similar contra las logias, hace la defensa de los internacionalistas, argumentando que tenían razón al no solicitar una autorización para reunirse –motivo formal de la acusación- porque no se ocupaban de la política militante que constituía el objeto del estado de sitio.

Es poco probable que las secciones locales de la Internacional hayan tenido una participación orgánica en los acontecimientos del 28 de febrero de 1875 ni mucho menos en las conspiraciones mitristas. No puede descartarse, sin embargo, que grupal o individualmente algunos de los miembros de la sección italiana mantuvieran relaciones con los republicanos mazzinistas.

No es fácil suponer cuál fue el grado de participación de los internacionalistas en el conjunto de la agitación social de esos años, impulsada por la desocupación y el descontento de los inmigrantes. Pero hay algunos indicios de que fue una oportunidad para pasar del terreno exclusivo de la propaganda a acciones reivindicativas más concretas.

De todas maneras, a partir de 1876 el fin de la crisis generó nuevas expectativas de ascenso social entre los inmigrantes y no se producirían por mucho tiempo convulsiones sociales como las vividas en los dos años anteriores. Por otra parte, las secciones argentinas de la AIT se disolvieron en 1876 siguiendo las resoluciones del Consejo de Nueva York, inspirado por la fracción antibakuninista.

En lo que concierne a las tendencias dominantes en el seno de la AIT local, no hay dudas de que estaban vinculadas con la fracción liderada por Marx y Engels. Esto está confirmado por la correspondencia que

Flaesch y Aubert mantenían con el Consejo General de Londres y Raymond Wilmart con Marx.

Un documento importante para conocer los lineamientos de la AIT local está contenido en el expediente judicial abierto en razón del allanamiento y las detenciones del 14 de marzo de 1875. En el dictamen del fiscal, basado seguramente en la documentación política secuestrada, figura que los socios debían rechazar cualquier tipo de gobierno que no emanara de los propios trabajadores. Esta proposición se fundamentaba en la idea de que siendo el trabajador productor de todo lo que es útil para el bienestar de la humanidad, tenía el derecho de dictar las leyes que gobernarán a la sociedad.

También en la sentencia del juez hay otros elementos interesantes. De acuerdo al reglamento aprobado, se requería para integrarla la calidad de obrero o prueba de poseer virtudes cívicas y sociales. Quedaban excluidos los que vivían del «agiotaje», los que pertenecieran a órdenes religiosas y los que explotaran el juego o la prostitución.

El planteo de la aceptación de un gobierno que emanara de los trabajadores despeja dudas sobre una posible filiación anarquista de las secciones argentinas. No obstante, reconocer la existencia de vínculos políticos y organizativos con la fracción dirigida por Marx y Engels no nos permite suponer que de conjunto fueran ideológicamente «marxistas».

Es verdad que en el país había algunos militantes más identificados con las propuestas marxistas. Ese fue el caso, entre otros, de Wilmart, que mantuvo durante cierto tiempo correspondencia directa con Marx y que distribuyó algunos de sus trabajos teóricos. Pero lo es también la presencia de blanquistas y de numerosos miembros que tenían ideas republicanas o genéricamente socialistas.

La existencia de diferencias ideológicas e incluso de un clima de desconfianza en el seno de la AIT local se revela a través de los pedidos de informes que se elevaban al Consejo General sobre determinados militantes. Así, Flaesch en 1872 requería a Londres los antecedentes políticos de Piccard, Job y Auguste Bernaton, que había sido miembro de la Escuela Normal Superior de París durante la Comuna, antes de ofrecerles tareas continuas en la sección francesa. Otro caso fue la demanda de informaciones que hacía Wilmart a Marx sobre Aubert, el secretario del Consejo Federal.

Uno de los individuos sobre los cuales Flaesch solicitaba informes, Desiré Job, y que sería uno de los detenidos en 1875, era un militante blanquista que había tenido un rol importante como organizador de la Comuna de Marsella en 1871. Apodado «El Mulato», cocinero de profesión, Job integraba las filas de la Internacional y sostenía las ideas de Blanqui. Su primera condena había sido en 1850, esa vez a sólo un mes de prisión por emitir «gritos sediciosos», cuando tenía veintiún años. Después de su participación en la Comuna de Marsella fue condenado a la pena de muerte, en ausencia. Habiendo logrado esquivar las persecuciones, llegó a Buenos Aires en 1871 y desempeñó un activo papel en la sección francesa. Es muy probable que la desconfianza que revelaban los pedidos de informes se debiera a su militancia blanquista.

Otro indicio de una presencia de partidarios de Blanqui en la sección francesa puede deducirse de la afirmación de Wilmart sobre la mayoría de los internacionalistas de Buenos Aires, de quienes decía que lejos de ser anarquistas eran por el contrario «disciplinistas» en exceso. Es también otro juicio de Wilmart el que confirma la existencia de diferencias ideológicas en el seno de la AIT de Buenos Aires. Refiriéndose al conjunto de los militantes, sostenía que con la excepción de la mitad de los franceses y unos pocos españoles no «había nada más que pudiera servir».

Existen datos firmes sobre la presencia en esa época de militantes bakuninistas en Buenos Aires. No obstante no se ha constatado que tuvieran una actividad organizada hasta después de la disolución de las secciones en 1876, cuando constituyeron un grupo de propaganda. Es posible que se tratara de un grupo pequeño y con un grado escaso de articulación. Pero no se puede descartar que siguiendo la táctica alentada por Bakunin se mantuvieran clandestinos en el seno de la AIT.

Nuevamente son afirmaciones de Wilmart las que confirman la presencia de anarquistas y al mismo tiempo de que no llevaban adelante una lucha tendencial. Ninguna protesta se produjo en 1873, cuando presentó el informe, siguiendo los puntos de vista marxistas, sobre lo ocurrido en el congreso de La Haya en el cual había sido votada la expulsión de Bakunin y Guillaume. Además, sostenía que no había ningún indicio de que los anarquistas de Buenos Aires mantuvieran correspondencia con los «jurasianos».

En 1872 se había constituido en Uruguay una sección de la AIT que detentaba una mayoría de bakuninistas. Uno de sus integrantes, A.

Juanes, cruza el río de la Plata y desembarca en Buenos Aires con el objetivo de realizar una gira de propaganda. Allí constata que la mayoría de los exiliados recién llegados «se inclinan ante los agentes de Londres».

Una de las vías de la creación del mito del carácter «marxista» de las secciones argentinas proviene de los propios anarquistas uruguayos. Ellos fueron los primeros en emplear el calificativo que tenía un contenido fuertemente peyorativo y al que a veces reemplazaban por el de «autoritarios». Refiriéndose a los internacionalistas de Buenos Aires, Juanes hablaba de los seguidores del «genio de Marx y su patán», en una obvia alusión a Engels.

Como lo ha sostenido el historiador George Haupt, los términos «marxista» y «bakuninista» tenían un sentido negativo y eran aplicados por sus adversarios. El «marxismo» adquirirá un contenido positivo, de autoafirmación, recién en los años ochenta y debido a la acción de Kautsky. Esas afirmaciones de los anarquistas uruguayos fueron retomadas después por diversos autores, generalizándose la idea del carácter enteramente marxista de la AIT en la Argentina, lo que ignora la presencia de blanquistas y de militantes de otras tendencias.

Sin embargo, había en Buenos Aires una cierta difusión de las concepciones teóricas de Marx, que iban más allá de los documentos de la AIT que había redactado. Por su parte Engels envió materiales de propaganda a Buenos Aires, entre ellos las resoluciones del congreso de La Haya. Es posible también que hubiera llegado a través de un militante de apellido Larroque un informe sobre la sesión del Consejo General del 30 de mayo de 1871, en la cual se había analizado la experiencia de la Comuna y se había adoptado el texto de Marx, *La guerra civil en Francia*. Además, Wilmart se refería a *El Capital* aunque consideraba que no era muy probable que nadie acabara de leerlo, porque «no había un gran esfuerzo por pensar».

La presencia anarquista en Buenos Aires puede haberse incrementado, como lo sugiere Max Nettlau, con la llegada de exiliados procedentes de España y de Italia. Se sabe que los anarquistas españoles hicieron esfuerzos por fortalecer esta tendencia en Buenos Aires. En setiembre de 1872 *La Federación*, de Barcelona, se refería a un pedido para enviar gratis periódicos a aquella ciudad, en la cual un militante de apellido, o seudónimo, Gratacos estaba «fomentando la Internacional». Esa actividad no parece haber quedado aislada, porque poco tiempo



Aguateros

después otro militante español, Benito Prieto, solicitaría y obtendría la dirección de Gratacos en Buenos Aires. También recibía materiales desde España un francés, Pommier, vinculado a la tendencia anarquista y que en 1872 se encontraba en Buenos Aires.

Un debate sobre el régimen de propiedad de la tierra fue el eje de un debate en las secciones porteñas de la Internacional, en el curso de 1872, a partir de dos resoluciones de la AIT sobre la cuestión. Una hacía referencia a la necesidad de incorporar la tierra a la propiedad colectiva y otra afirmaba la actualidad de la incorporación a la colectividad de la propiedad privada del suelo.

Flaesch solicitaba a Londres aclaraciones sobre este problema, sosteniendo que nadie había sabido explicarlo en Buenos Aires y que detenía a mucha gente que podría serle útil. Quizá fuera un debate doctrinario, quizá una simple confusión por la ambigüedad de las dos resoluciones o incluso los motivos de la discusión nacieran de la preocupación de algunos adherentes que habían adquirido o pensaban adquirir pequeños terrenos. La precariedad de algunos de esos debates se entiendo recordando, como lo hace Marcelo Segall, que a excepción de

algunos casos, la mayoría de los militantes en América latina no eran dirigentes de gran formación teórica.

Además, las comunicaciones con el Consejo General no siempre fueron muy fluidas. Aubert, el secretario del Consejo Federal de Buenos Aires, decía que durante un año les habían faltado las direcciones de las oficinas de la AIT y que no habían recibido periódicos ni boletines. También Wilmart se consideraba moviéndose en las tinieblas porque había dejado de recibir *La Emancipación* de Madrid.

Las secciones argentinas de la AIT resuelven su disolución en 1876, siguiendo el ejemplo del Consejo de Nueva York, mientras que en los países en los cuales predominaban los anarquistas continuarán empleando ese nombre durante varios años más. No obstante, muchos de sus miembros seguirán actuando en las organizaciones obreras, contribuyendo a la estructuración del movimiento sindical. Sin embargo, la amnistía proclamada en 1881, para los que habían participado en los acontecimientos de la Comuna, acelerará la partida de muchos franceses.

Entre 1877 y 1880 se producirán las primeras huelgas y surgirán organizaciones, no ya con carácter mutualista sino sindical, las «socie-



Parque Barracas, avenida Mitre.

dades de resistencia». Una de las más importantes del período es la de los tipógrafos porteños, porque esta vez es sostenida directamente por una organización sindical, aunque su vida haya sido efímera.

Ya desde 1877 un grupo de miembros de la Sociedad Tipográfica Bonaerense se había propuesto crear una organización con criterios sindicales más específicos. La constitución definitiva de la nueva entidad, la Unión Tipográfica, tuvo lugar el 30 de agosto de 1878, con la presencia de más de mil personas. Un tipógrafo, M. Gahutier, probablemente uno de los exiliados franceses, presidió la asamblea. La Comisión de la Unión Tipográfica quedó formada por Vicente Daroque, presidente; Ginés Álvarez, secretario general, y Domingo Ferrol, Pablo Della Costa y Edelmiro Goyeneche, vocales.

La asamblea constituyó dos comisiones de obreros que debían presentar a las empresas un pliego de reivindicaciones. El mandato implicaba también la iniciación de huelgas en todos los talleres donde las demandas no fueran aceptadas. La huelga se desencadenó el 2 de setiembre y terminó con éxito, obteniendo los tipógrafos algunas reivindicaciones de importancia como aumentos salariales, reglamentación de los horarios de trabajo y supresión del trabajo de menores, los que deberían ser reemplazados por adultos.

Sin embargo, la reintroducción del trabajo a destajo, que todavía en esa época era aceptado por numerosos trabajadores, en la medida en que aun a costa de largas jornadas de trabajo permitía cierta acumulación pecuniaria, favoreció que se retrocediera en las conquistas alcanzadas. En 1879 la Unión Tipográfica fue disuelta por resolución de la Sociedad Tipográfica Bonaerense, que consideraba que no era necesaria la presencia de dos organizaciones en el mismo gremio. Esta resolución revelaba que todavía no había madurado la situación para una existencia permanente de una organización sindical. En 1879 se produjo una huelga de cigarreros, en la cual participaron militantes anarquistas. A partir de 1881 se abrirá una nueva etapa en el incipiente movimiento obrero de Buenos Aires, una etapa de acumulación que dará lugar a una eclosión a partir de 1888.

LOS TRABAJADORES EN ROSARIO

El caso de Rosario es, por varias razones, diferente del de Buenos Aires. El conocido concepto de *aluvialidad* acuñado por José Luis Romero para el proceso de formación de la Argentina moderna, adquiere en Rosario una dimensión sobredeterminante. El febril ritmo de crecimiento demográfico que lleva a la «villa» de tres mil habitantes estimados en 1851 a la ciudad de casi 50.000 a mediados de la década del ochenta, es escasamente parangonable en el mundo de la época.

Inevitablemente, en una ciudad de estas características el proceso de constitución de la masa de trabajadores debía tener matices diferenciales respecto a Buenos Aires y a Córdoba. Si bien esos dos centros urbanos recibieron cuotas importantes de inmigrantes -mayores en Buenos Aires, como se sabe- y las tres recorrieron después de 1890 caminos más o menos semejantes en el proceso de constitución de la clase obrera urbana, los puntos de partida son diferentes y por lo tanto el perfil social, étnico y político de los trabajadores en las décadas del sesenta y del setenta, también lo será.

No hay datos cuantitativos sobre la composición de la mano de obra rosarina con anterioridad a 1869. Sin embargo, el Censo Nacional de ese año y el provincial de 1887, permiten -con las limitaciones que provienen de las diferencias parciales en los criterios censales adoptados- ver algunos aspectos de la evolución de la estructura ocupacional.

En la primera de esas fechas, sobre un total de 12.674 personas que declararon ocupación, el 75% tenía un oficio. En 1887, sobre 25.841, el porcentaje de los que poseían una profesión se había elevado al 82. La distribución por ramas de la actividad económica del total de los que declaraban un oficio, mostraba entre 1869 y 1887 un incremento del sector primario, que había pasado del 5% al 6,69%. En el secundario el aumento era un poco mayor: el 33,76% de 1869 dejaba lugar, entonces, a un 38,60%. El único que disminuía era el terciario, que de un 61,24% en 1869, pasó a un 54,71% dieciocho años después.

En poco menos de veinte años el número de trabajadores se había duplicado, al mismo tiempo que se verificaba un aumento de los que tenían oficio. Asimismo, la distribución por sectores de la actividad económica se mantenía relativamente estable, aunque con algunas varian-

tes significativas. Sin embargo, en otros casos, las modificaciones de porcentajes parecen deberse a variaciones en los criterios censales.

En el sector primario, el aumento se produce sobre todo por una mayor presencia, en 1887, de trabajadores insertos en las tareas agrícolas que se desarrollaban dentro del perímetro urbano, representadas por agricultores, labradores, hortelanos. Este crecimiento se debía, probablemente, a la necesidad de multiplicar las fuentes que alimentaban a una población en fuerte expansión. Por el contrario, el sector ganadero registra una merma importante, que reflejaba el traslado fuera de la ciudad de mataderos, criaderos, tambos lecheros y otros establecimientos de actividad pecuaria. Recién en 1900 el conjunto del rubro primario tendrá una disminución significativa frente a la expansión urbana.

El aumento de alrededor de un 5% que tuvieron los trabajadores del sector secundario es atribuible en parte a cambios en la clasificación censal de algunos oficios y en parte al incremento de la demanda de artesanos y obreros que producían para el consumo local, que se encontraba también en expansión, y de la construcción. De cualquier manera debe recordarse que la actividad «industrial» respondía, en realidad, a una mayoría de pequeños talleres, con baja densidad de capital y un escaso grado de concentración de la mano de obra.

Los cambios más significativos se verifican en el interior del sector terciario, pese a su estabilidad de conjunto. Es notoria por un lado la expansión de los trabajadores vinculados al comercio, registrando entre ambos censos un aumento de aproximadamente el 5%. Esto era sólo el comienzo de un ascenso ininterrumpido que haría que los dependientes de comercio y los pequeños comerciantes representaran hacia fines de siglo el 50% del sector.

Al mismo tiempo, el incremento relativo de los trabajadores del comercio se hace en detrimento de otros grupos del sector, especialmente del servicio doméstico y también del de transportes, cuya disminución se debe una pérdida de peso específico de los carreteros frente al ferrocarril y a las consecuencias de la reorganización urbana que se opera en esos años.

También la composición étnica de los trabajadores sufre una evolución significativa. Los extranjeros representan respectivamente en el conjunto de la población rosarina el 22,38% en 1858; el 25,35% en 1869 y el 41,14% en 1887. Estos datos revelan una creciente «extranjerización»



Carreteros

de los sectores populares rosarinos. Pero a la vez se estaba produciendo una «italianización», que culminará en 1900, cuando los italianos constituyan el 55% de los extranjeros. Un poco menos de la mitad de ese grupo por nacionalidad serán los españoles.

Vistas de conjunto, la situación y la evolución de los trabajadores entre mediados de los años cincuenta y 1880 presentan algunas características relevantes. En primer lugar, el sector sufre un desarrollo demográfico acelerado, alentado sobre todo por la llegada de migrantes, tanto externos -la mayoría- como internos, representados por criollos de las provincias.

En segundo lugar, la composición de la mano de obra expresaba una sociedad que se iba estructurando como capitalista, pero que era todavía preindustrial y en la cual los ejes de la actividad económica eran el comercio y la actividad artesanal. Sin embargo, la actividad portuaria seguía creciendo, aunque todavía no hubiera referencias específicas a trabajadores portuarios en los primeros censos y que estuvieran incluidos entre los «jornaleros» que representaban una parte, minoritaria pero importante, del total.

En lo que hace a las condiciones generales de vida fuera de los

lugares de trabajo, eran afectados por los vaivenes que se producían en el costo de vida en los períodos de las crisis económicas cíclicas y por salarios insuficientes para los sectores menos calificados. La falta de control en los alimentos que consumían y la inexistencia de mecanismos públicos de salud, agravados en las frecuentes épocas de epidemias, constituían otros de los problemas que enfrentaban. Finalmente, también incidían la falta de una estructura educacional adecuada que dejaba fuera del sistema alfabetizador a importantes sectores.

La vivienda de los sectores populares representaba una de las cuestiones más graves. El hecho más notorio en la época era la existencia de una suerte de «promiscuidad urbana», que derivaba de que en 1869 la mayoría de los 23.169 residentes que tenía la ciudad habitaba en el relativamente estrecho espacio determinado por lo que se llama «el centro» y que en realidad es la zona más cercana al puerto, y que progresivamente se fue convirtiendo en uno de los ejes de toda la actividad económica de la ciudad.

Ricos y pobres vivían unos al lado de otros, lo que no dejaba de originar conflictos sociales adicionales. En el medio de un rancho y un conventillo podía encontrarse una casa de dos plantas o un comercio. Esta «promiscuidad» era una expresión del vertiginoso y reciente proceso de formación urbana, pero al mismo tiempo anticipaba un fenómeno que sería característico en todo el siglo XIX: la crónica escasez habitacional.

Las principales formas de vivienda de los trabajadores fueron el rancho, el conventillo y una diversidad de tipos habitacionales precarios, que incluían las pensiones, las fondas, fondines y piezas de alquiler en casas de familia. El rancho era mayoritario en los años sesenta y setenta. La expansión del conventillo data de los años ochenta. Entre 1884 y 1895 esas viviendas colectivas tendrán un aumento del 75%.

En los ranchos, la promiscuidad y las condiciones ambientales y de higiene son las principales deficiencias. Los conventillos, construidos en material, ofrecen mejor resguardo, pero el hacinamiento en las piezas, el precio de los alquileres y la tiranía de los encargados constituyen los problemas más acuciantes.

No consta, por documentación alguna, que con anterioridad a 1880 existieran sociedades obreras que fueran más allá de la actividad mutualista. Suele citarse un conflicto protagonizado por los aguateros en 1877 como la primera huelga rosarina. Sin embargo, es muy poco probable

que ese movimiento tuviera detrás una organización permanente.

Las resistencias en este período fueron fundamentalmente «inorgánicas», difusas, puntuales, ya fueran individuales, grupales o colectivas. En buena medida, esas resistencias estaban generadas en la voluntad de la elite rosarina de disciplinar globalmente a los sectores populares. La cuestión del orden en sus manifestaciones urbanas, sociales y laborales, era para ella una cuestión primordial, que adquiriría una importancia que no tenía entonces ni en Buenos Aires ni en Córdoba.

No existía en Rosario una tradición de orden, como en los casos de esas dos ciudades. En ellas sobrevivía una tradición de orden social cimentada en una tradición heredada del mundo colonial y reforzada en el caso porteño por la experiencia rosista. En cambio en Rosario, la ciudad, la elite y los sectores populares se van conformando todos al mismo tiempo. Imponer un orden que se instaurara en la lógica del progreso, concepto inspirador de la elite, era su objetivo principal.

La necesidad de orden en el plano de lo urbano se reflejó en la adopción de políticas erradicadoras de los ranchos que se encontraban en la zona céntrica. Hubo dos versiones de esta iniciativa, una radicalizada, que postulaba -y ejecutaba en las épocas de epidemias- la quema de ranchos considerándolos un foco propagador de males. La segunda, reformista, preconizaba la construcción de barrios obreros en las zonas no céntricas de la ciudad.

Ambas fracasarían, la primera al menos parcialmente; y la segunda, por la carencia de apoyos financieros a este tipo de empresas. Una de las formas de resistencia «inorgánica» de los sectores populares a estas políticas disciplinadoras sería la de volver a levantar los ranchos en los mismos lugares que estaban antes luego de pasados los episodios epidémicos y las medidas represivas que los acompañaban.

La cuestión del orden social tuvo una primera etapa en los años sesenta y comienzos de los setenta con la preocupación de disciplinar como mano de obra a una masa de trabajadores criollos emigrados de otras provincias y sobre todo de la campaña circunvecina que había vivido un proceso de reorganización social y en las formas de explotación de la tierra.

Eran los célebres «vagos y malentretenidos», carentes de calificación para los oficios artesanales y que debían sufrir la alternativa de

engancharse como peones y jornaleros urbanos o ser enviados engrillados a trabajar forzosamente a la Patagonia como reclamaba frecuentemente el diario *La Capital*.

Pero además, se pretendía moralizarlos e inculcarles hábitos productivos y culturales a imagen y semejanza de lo que la elite consideraba progreso. La afición al juego, el alcoholismo, la prostitución, la tendencia a la holganza y la diversión fácil, los bailes poco morales, la violencia individual, eran algunos de los males atribuidos a estos trabajadores.

Pero además la elite, en un proceso de autoafirmación, trataba de generar espacios propios en lo que al ocio concernía, tratando de crear ámbitos clasistas diferenciados. Esto suponía erradicar a los sectores populares de las plazas y paseos que pretendía reservarse para sí. Otro terreno de disputa y de disciplinamiento era la ocasión del Carnaval, celebración que en esos años tenía una gran adhesión tanto entre los trabajadores como en la elite.

La elite -de ella eran voceros tanto la prensa como los edictos municipales- intentó limitar los aspectos lúdicos del Carnaval, especialmente el juego con agua y las inversiones simbólicas que expresaban los disfraces y las dramatizaciones espontáneas en el corso y en la calle. A pesar de las prohibiciones, el juego con agua, verdaderamente popular en los barrios, continuó subsistiendo durante varias décadas más.

El tercer aspecto de la cruzada disciplinadora era el laboral. Lo que había caracterizado a todo el período, a excepción de las coyunturas críticas, es la constante demanda de mano de obra, tanto la artesanal, la obrera calificada como la de jornaleros. Es posible que en este último sector la situación fuera más fluctuante, según el ritmo de las obras públicas que se iban realizando y los ritmos de actividad del puerto y de las tareas urbanas generales de carga y descarga.

Entre 1860 y 1880 se fue conformando un mercado de trabajo, es decir un intercambio sostenido y regular entre la oferta y la demanda libre de trabajo. La demanda parece haber predominado en el puerto, el comercio, los peones de la construcción, los transportes urbanos y el servicio doméstico. Es decir en los sectores obreros menos calificados y en los jornaleros. Es cierto que esta tendencia de escasez de este tipo de mano de obra no es constante. Sufre retracciones en las coyunturas críticas e incluso pequeñas fluctuaciones que dependen de los períodos

de embarque en el puerto, las obras públicas y grandes construcciones privadas.

En cambio, en los sectores artesanales y de asalariados calificados más vinculados a la actividad industrial, si bien hubo una demanda sostenida al principio, la oferta adquirirá un rol más preponderante en la medida que las labores más especializadas estén sometidas a un mercado menos rígido y donde las fluctuaciones por rama y por establecimientos más frecuentes. Esto provocará que trabajadores especializados desemboquen coyunturalmente en tareas no calificadas y además un cierto grado de rotación en los talleres.

Lo que caracteriza al conjunto del período es una escasa presencia de mecanismos reguladores del mercado de trabajo, es decir que predomina el libre juego entre oferta y demanda. Sí puede citarse cierta actividad de la Oficina de Trabajo, encargada de colocar a los inmigrantes recién desembarcados, una pequeña proporción en el total. Además, a principios del período aparece una agencia privada de colocaciones.

No hay indicios de instituciones como las bolsas de trabajo, ni la demanda de cuotas en la contratación para trabajadores sindicalizados,



Calle de Rosario

como sí ocurrirá décadas después. Y lo que es fundamental, además de la Oficina de Trabajo no se percibe ningún tipo de intervención estatal, amén de la ausencia de legislación laboral.

Recién en la década del ochenta las tentativas de disciplinamiento laboral tendrán un sesgo institucional. Los primeros reglamentos de trabajo, impulsados desde el poder municipal, afectarán a tres sectores especialmente: el servicio doméstico, que tenía contacto directo con la elite; los empleados municipales y los que, como los changadores o los peones de ribera, tenían relaciones directas con el público. Sin embargo, en 1881, la primera de estas medidas estaba referida a los estibadores portuarios y se trataba de la reglamentación local de una norma sancionada a nivel nacional.

En Rosario, dada la fuerte presencia de migrantes y la diversidad étnica que presentaba la mano de obra, parece haber tenido mayor presencia que en otros lados lo que Hilda Sabato ha denominado «mecanismos extramercantiles en la formación del mercado de trabajo».

La injerencia de la cuestión étnica se presentó de varias formas. Se hacía evidente en muchos sectores la tendencia de los empleadores a reclutar trabajadores que hablaran su mismo idioma o tuvieran la misma procedencia nacional o regional. Esto también ocurría con los subcontratistas o capataces, lo que llevará especialmente en ciertas actividades a la existencia de conflictos interétnicos entre los trabajadores.

Además, en la oferta de trabajo se hacía visible, a veces, una preferencia de extranjeros o de determinados grupos étnicos. Por ejemplo, en los avisos clasificados de *La Capital* en los años setenta podían leerse pedidos tales como ama de leche «italiana», a las cuales se suponía sanas y robustas, o una familia que sepa cortar y emparvar alfalfa, «de preferencia vasca».

Esto tenía que ver con la identificación que se hacía entre ciertos grupos étnicos y algunas categorías socioprofesionales. Los criollos tendrían mayor presencia en tareas urbanas pero que denotaban un origen rural: cocheros, carreros, obreros de los mataderos, empleados del tranvía a caballo, etcétera.

También los vascos eran preferidos sobre otros grupos étnicos para ciertas tareas. En 1874, el Informe de la Comisión de Inmigración de Rosario lamentaba que sólo llegara a esta ciudad menos del 9% de la corriente inmigratoria vasca, porque era la más estimada y solicitada.

EL MOVIMIENTO ASOCIACIONISTA ROSARINO

Hubo en Rosario numerosas asociaciones integradas por trabajadores aunque su tipo de participación presentaba diferencias entre unas y otras. Estas asociaciones no sólo se diferenciaban por las formas y grados de participación de los socios, sino también por sus objetivos.

Este fenómeno no es, en absoluto, exclusivo de esta ciudad, sino que ya vimos para Buenos Aires la existencia de organizaciones similares y además de una prédica «asociacionista» bastante generalizada. Sin embargo, en Rosario parece haber adquirido tempranamente un particular vigor, que quizá pueda ser explicado, al menos en parte, por algunas de las características diferenciales que presentaba la ciudad.

Una buena parte de estas asociaciones estaban dedicadas a la acción mutualista. Desde mediados de los años cincuenta comienzan a crearse en la ciudad instituciones de este carácter. En la década siguiente el ritmo de aparición de mutuales se acelera un poco más y su expansión se consolida en los veinte años siguientes.

Entre 1854 y 1880, el tipo de sociedades mutualistas que adquiere mayor importancia es de las que se estructuran sobre criterios de agrupamiento etnolingüísticos y en consecuencia toman un perfil de asociaciones representativas de las distintas colectividades de extranjeros por nacionalidad, al principio, y luego también por región.

En esa primera fecha quedó constituida la Sociedad de Beneficencia Francesa. Tres años después surgiría la Asociación Española de Socorros Mutuos. La fundación de Unione e Benevolenza data de 1861. De 1863 es la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos y en 1868 aparecerán la Sociedad Filantrópica Suiza y la Sociedad Alemana de Socorros Mutuos.

Este proceso se completará en los años ochenta y principios de los noventa con asociaciones de uruguayos, judíos, austro-húngaros, y anglo-norteamericanos. También en esos años nacerán asociaciones ya no representativas de una nacionalidad sino de regiones. Será el caso, por lo menos, de sicilianos, napolitanos y vascos. Como lo ha señalado Alicia Megías, prácticamente todos los grupos de extranjeros que tuvieron un mínimo de residentes en la ciudad se organizaron en algún tipo de asociación.

“El espíritu de asociación” (Rosario)

«El conjunto de estas asociaciones se gestó al calor de una serie de argumentos que se conocieron en la época como ‘espíritu de asociación’ y que fueron tema recurrente en la opinión pública local, ocupando importantes espacios en la prensa. El contenido de ese discurso asociacionista es complejo y determinante respecto de la sociedad local, en la medida en que se vincula y articula otras posiciones igualmente relevantes en la segunda mitad del siglo XIX: la política y el municipio, lo público y lo privado, el individuo y la sociedad, definiendo lo que casi puede ser considerado un modelo de sociedad.

En un sentido ese discurso reconoce una impronta toquevilleana, en tanto se la plantea como una suma de voluntades individuales para alcanzar determinados propósitos y en cuanto se las consideró como herramienta privilegiada de acción.

En otro sentido puede reconocerse en él una filiación cercana al fourierismo, probablemente de vertiente española. Aunque la vía de llegada de esas ideas es sumamente difícil de determinar, es notable la similitud del discurso asociacionista local con las ideas de Fernando Garrido, Sixto Cámara o Francisco José Moya.

A comienzos de la década del 70 la cuestión del asociacionismo comenzará a ser tomada como tema de discusión y reflexión, entre otros, por La Inmigración y La Capital, dos de los diarios más importantes de la ciudad en esos años.”

Alicia Megías, La formación de una élite de notables dirigentes. Rosario, 1860-1890, Buenos Aires, Biblos, 1996, págs. 95-96.

Ya se ha visto para el caso de Buenos Aires la importancia que adquiriría para los extranjeros, frente a un Estado casi ausente, acceder a algún tipo de institución que prestara asistencia. Las asociaciones mutuales sobre bases étnicas cubrieron también en Rosario una parte de esos servicios. Sin embargo, las cifras de pertenencia no fueron muy elevadas. Los porcentajes de asociación podían oscilar, según los momentos, entre un 25% de los residentes, para los españoles y alrededor de un 7% para los italianos.

Una explicación para este hecho era que las cuotas societarias equivalían, aproximadamente, a lo que se ganaba en un día de trabajo. Esto explicaría también que la porción de los sectores populares que pertenecía a esas asociaciones procediera de las capas más altas de este sector: artesanos, obreros con cierto grado de calificación, comerciantes y talleristas pequeños.

Las principales prestaciones de estas asociaciones eran la atención médica y farmacéutica y los gastos funerarios. Las más importantes llegaron a construir hospitales y escuelas. Los reglamentos establecían minuciosamente ciertas prácticas como las ceremonias fúnebres y la construcción de lujosos edificios sociales y panteones. Como ha observado Megías, esas prácticas y construcciones cumplían un rol simbólico, manifestando el poderío de la asociación.

Los trabajadores no desempeñaban en esas sociedades un rol autónomo, sino subordinado, eran protagonistas semipasivos. Los reglamentos, por lo general, establecían rígidas normas que contribuían a la existencia de escalas jerárquicas bien determinadas entre los socios. Siempre en la cúpula de estas organizaciones se encontraba una parte de la élite de cada colectividad extranjera.

Estos sectores extranjeros de élite, que además de su poderío económico adquirieron rápida y tempranamente -y en Rosario más que en otros lados- cierta presencia política, al menos en el plano del Municipio, generaban con los sectores subordinados de las asociaciones relaciones de tipo clientelares. Por lo tanto, puede pensarse que dedicar tiempo a dirigir este tipo de asociaciones no sólo estaba motivado por la solidaridad étnica, sino también por la búsqueda del incremento de liderazgo dentro de la comunidad extranjera a la que se pertenecía.

Para ingresar a una de estas sociedades era necesario ser presentado por dos socios antiguos y prestigiosos. Además, los reglamentos, extremadamente complejos y rígidos, favorecían esa separación de funciones, fuerte actividad y control en las cumbres y pasividad en los socios comunes. La asistencia a las asambleas y la participación en otras prácticas societarias por estos últimos sectores era escasa.

Las sociedades mutuales otorgaban también subsidios por enfermedad, cuyos montos, aunque variaban según la situación de las distintas mutuales, nunca fueron muy elevados. Los subsidios se otorgaban por lapsos cortos. Si la enfermedad se prolongaba, el enfermo era declarado «crónico» y el subsidio se cortaba. De alguna manera,

tangencialmente esta práctica era una manera de acelerar la vuelta al trabajo de los pacientes.

Teóricamente este tipo de sociedades eran apolíticas, al menos en el sentido de que no debían admitir en su seno luchas faccionales. Sin embargo, la mayoría de los miembros de la cúpula dirigente mantenía lazos con sectores políticos de su país de origen y muchas veces también con la actividad política local. Esto daba lugar a ciertas pujas e incluso a escisiones como la que protagonizarían los miembros de Unión e Benevolencia que pasarían a formar parte de la Sociedad de Socorros Mutuos Garibaldi, a principios de los años ochenta.

Otro criterio de agrupamiento existía en las sociedades de acción mutualista denominadas «cosmopolitas», como fue el caso, en Rosario, de la Sociedad Argentina de Socorros Mutuos, que surgió hacia fines de la década del sesenta. A diferencia de las anteriores, eran pluriétnicas o, como se decía en la época, sin distinción de nacionalidades.

La prensa solía considerarla como una asociación de «obrerros», lo que debía referirse tanto a su composición como al hecho de que los estatutos impusieran la condición para ser socio de poseer «arte u oficio». Una buena parte de los asociados eran trabajadores criollos con escasos niveles de calificación profesional. Sin embargo, las dirigencias presentaban características similares a las estructuradas sobre bases etnolingüísticas.

Una tercera clase de sociedades mutuales son las que se organizan sobre criterios profesionales. De estas sociedades hay de dos tipos, las que incluyen a patrones y obreros y las que agrupan solamente a los segundos. De estas últimas no hay datos ciertos de existencia en Rosario hasta por lo menos ya avanzada la década del ochenta.

Muchas veces, estas asociaciones «mixtas» eran generadas por los patrones. De alguna manera se repetía en ellas el mecanismo que hemos encontrado en las «étnicas» y en las «cosmopolitas». La diferencia es que los «notables» eran reemplazados por propietarios que actuaban como «protectores» de la sociedad mutual.

En 1870 se constituye la Sociedad Tipográfica Rosarina, adoptando como modelo estatutario a la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Es muy probable que esto provenga de la inspiración de Ovidio Lagos, propietario del diario *La Capital* y que en su juventud había ejercido el oficio y participado en la fundación de la organización porteña, de la cual había sido sucesivamente secretario, vicepresidente y presidente.

En el mismo año culmina su estructuración la Asociación Protectora de Dependientes, que reunía a empleados asalariados, al dependiente «interesado» y al «habilitado» y finalmente también, a comerciantes. Pero, al mismo tiempo el rol de «protectores» podía extenderse a cualquier persona que voluntariamente quisiera hacerlo aunque no fuera comerciante. Esta última prescripción dejaba abierta la puerta para la incorporación de «notables».

Sobre el mismo modelo fueron organizadas otras entidades similares: la Sociedad Mutual de Empleados Nacionales, que agrupaba a quienes trabajaban en tareas no manuales en la Aduana, el Correo, la Oficina de Inmigración y la Escuela Nacional. Después surgirá la Sociedad Unión Dependientes, que se transformará en el Centro Unión de Dependientes, de larga vida en Rosario.

Esta clase de asociaciones veía favorecida su extensión por el hecho de que el proceso de diferenciación social en ciertos aspectos del terreno laboral y social era aún incipiente. En los pequeños y medianos talleres, los roles de patrones, artesanos y obreros calificados no aparecían, a veces, enteramente separados.

Los objetivos de los patrones al alentar estas organizaciones eran básicamente tres. En primer lugar, disminuir las conflictividades latentes a través de ese sistema de padrinazgo. Segundo: reducir costos y responsabilidades sobre los males que pudieran tener sus agentes. Y en tercer término, otorgarles una función preventiva, frente a los riesgos que suponían otras propuestas como las que podrán provenir de la «Internacional» y del «comunismo».

La prensa local elogiaba la tarea de estas asociaciones, a la que consideraba un instrumento importante para limar las diferencias de clase y alejar a los trabajadores de la política para encauzarlos en el esfuerzo por el progreso de esas instituciones. Pese a que no hay ningún indicio de que en Rosario haya habido alguna actividad sostenida de la Internacional, la prensa dedica espacios al tema periódicamente.

Más difíciles de clasificar son algunas entidades de corta vida, tales como la Società degli Operai Italiani, surgida de una escisión de Unione e Benevolenza, o la Sociedad Cosmopolita de Artesanos, formada en 1875. La primera, sobre la cual se sabe muy poco, combinaba una identidad étnica, los «italianos», con una corporativa, «los obreros».

La segunda se proponía difundir enseñanzas y conocimientos sobre ciencias, artes y manufacturas. Sus otros objetivos principales eran el fomento de la industria, fundar escuelas de artes y oficios, bolsas de trabajo y una caja mutual. Su público parece haber consistido en artesanos, quienes, como ocurría en otros lados del país, ante la ausencia de una burguesía industrial desarrollaban programas de progreso social, pero con poca fuerza para sostenerlos por mucho tiempo.

Un tipo de asociación diferente a las mutualistas son las que pueden denominarse recreativas y que cuentan también con participación de sectores de los trabajadores. Su expansión se da desde 1870 en adelante. También en este caso aparecen las «etnolingüísticas» y las «cosmopolitas». Entre las primeras figuraban, además de otras muchas, el Círculo Filodramático Italiano, la Sociedad Filarmónica Italiana, la Sociedad Coral Alemana, la Sociedad Musical Salamanquina. En las cosmopolitas aparecen decenas de centros, círculos y clubes, dedicados a diversas tareas.

Finalmente, aparecen actividades más puntuales y menos orgánicas, que no implicaban o no alcanzaban a la existencia de una sociedad permanente, protagonizadas por distintos gremios y oficios. Se reúnen para conmemoraciones relativas a sus tradiciones profesionales o para presentar peticiones y reclamos. Los lecheros, los aguateros, los fonderos, las costureras, los carreros, los carboneros, son algunos de los que realizaron ese tipo de actividades durante los años setenta.

TRABAJADORES y SOCIEDADES MUTUALES EN CORDOBA

No es erróneo pensar, al menos a partir de las últimas dos décadas del siglo XIX, desde el punto de vista demográfico, de su desarrollo urbano, de su actividad económica y de su complejidad social, a Córdoba y a Rosario como «ciudades intermedias». Esta calificación proviene de una comparación con Buenos Aires, por un lado, y con otras de las principales ciudades argentinas, por otro. Sin embargo, existen algunos matices diferenciales de importancia entre ambos desarrollos. Córdoba también vive en la segunda mitad del siglo XIX una transformación importante, que se intensificará en los últimos veinte años y que deriva en

buena medida del hecho de haberse convertido en el punto de confluencia de gran parte del comercio del centro y norte del país.

Desde 1870, la intensificación de la expansión urbana, la instalación del ferrocarril y el aumento de las actividades de la construcción y del volumen global del comercio, aceleraron cambios demográficos y en la estructura ocupacional de la provincia. Sin embargo, Córdoba no llegó a vivir nunca esa situación de «caos en el crecimiento» que caracterizó a Rosario, sino más bien un progreso sin grandes rupturas de continuidad.

Las transformaciones que vivía la ciudad atrajeron migrantes tanto internos como extranjeros. El porcentaje de estos últimos, que en 1869 había sido de un poco menos del 2%, se irá elevando desde 1870 hasta llegar a un 11% en 1895. No obstante, aunque la llegada de los extranjeros venía a cubrir los requerimientos de mano de obra especializada, el ritmo de su incorporación al sector industrial será lento hasta 1890. En esa fecha, los extranjeros representaban solamente casi un 5% del total de obreros ocupados.

Al mismo tiempo, los cambios estructurales redundarán en modificaciones significativas en las proporciones en que los diversos grupos ocupacionales se repartían por sectores de la actividad económica. El sector primario, que en 1869 representaba el 12,5% de la población, iniciará un proceso de declinación, mientras que el secundario y el terciario harán lo contrario.

Particularmente interesante puede resultarnos el crecimiento relativo que afectó la actividad industrial en los años posteriores a 1870, y que tuvo su mayor repercusión en el sector del calzado. No obstante, este sector, con una composición todavía predominantemente artesanal, sufría en los años setenta, desventajosamente, la competencia de la producción extranjera.

No se dispone de mucha información para medir los niveles y condiciones de vida de los trabajadores cordobeses en la década del setenta. Existen datos estadísticos y censales y referencias que pueden extraerse de algunos trabajos que hacen menciones acotadas. No obstante, esa información y el estudio llevado a cabo por Hilda Iparaguirre y Ofelia Pianetto sobre la situación de los trabajadores y las sociedades mutualistas permiten trazar un panorama aproximativo.

Se sabe que en 1877 los trabajadores se vieron afectados por aumentos en los precios de varios artículos de primera necesidad. Los

incrementos afectaron especialmente al pan y a la carne. Ya en 1873 los efectos de la crisis se habían hecho sentir a través de una baja de salarios de alrededor del 13% en el caso de los peones. Por otra parte, las jornadas de trabajo eran excesivas y todavía a fines de siglo superaban en varios casos las 12 horas.

Las condiciones de vida fuera de los lugares de trabajo eran también precarias. Los trabajadores vivían en un cordón de ranchos en la periferia de la ciudad. Según el Censo de 1869, el 58% de las viviendas tenía techos de paja y el promedio de habitantes por cada una de ellas era de siete personas.

Serán sobre todo los artesanos, criollos y extranjeros, quienes harán surgir las primeras asociaciones mutuales. Todavía en 1870, dicen Iparaguirre y Pianetto, no existía en Córdoba una producción en condiciones monopólicas que pudiera ahogar la existencia de los pequeños talleres. Esas condiciones se irán perfilando cada vez más después de 1880.

Córdoba, al igual que Buenos Aires y a diferencia de Rosario, tuvo una tradición de producción artesanal relativamente reglada desde el mundo colonial la cual, modificada parcialmente por los cambios habidos en el período posindependencia, continuó subsistiendo hasta que la sanción del Código Civil de 1871 estableciera definitivamente en el plano jurídico condiciones de libertad de contratación de la mano de obra similares a la Ley Chapellier dictada en Francia en 1871.

Otra característica notoria que la cuestión adquiría en Córdoba era que los grupos económicos tradicionales locales no tuvieron una actitud impulsora del desarrollo capitalista sino favorable al mantenimiento a la organización social del trabajo sobre bases artesanales. Cuando la vía capitalista ya era imposible de frenar, los grupos conservadores trataron de disputar a los liberales la tarea de reclutar políticamente a núcleos de artesanos a su favor.

Los tipos de sociedades mutuales existentes en Córdoba son, en rasgos generales, similares a las de Buenos Aires y Rosario. Las formadas por extranjeros tienen su primera expresión en 1854 con la Union et Secours Mutuels, formada por franceses, quienes poco después organizan una segunda que llevaba el nombre de General San Martín. Entre 1870 y 1880 son fundadas cinco de las más importantes: Sociedad Española de Socorros Mutuos, Unione e Benevolenza, Sociedad Francesa de Socorros Mutuos, Sociedad Alemana de Socorros Mutuos y la Sociedad Helvética.

En sus propósitos y funcionamiento estas asociaciones tenían

características muy similares a las de Rosario. Salvo los cargos «técnicos», todos los demás eran *ad honorem*; existía la categoría de socios protectores concedida a notables de la ciudad y se prestaban los mismos tipos de servicio. También en Córdoba las actividades políticas estaban vedadas en el plano formal. Una diferencia con Rosario es que efectivamente la elite dirigente de las mutuales parece haberse mezclado menos con la política local.

Sí, como en todos lados, coexistían en estas asociaciones diversas tendencias respecto a la política de sus países de origen. En la sociedad española pronto se hizo visible una tendencia más tradicionalista, mientras que en la italiana era perceptible una inclinación republicana, más liberal. En la mayoría de los casos, las sociedades de extranjeros tuvieron vida permanente y crecimiento sostenido, gracias a la constante afluencia de inmigrantes.

Las «nacionales» estaban formadas por trabajadores criollos y las había de dos tipos, las que se estructuraban sobre un solo gremio u oficio, como las de tipógrafos, sastres, peluqueros y zapateros, y las que tenían una composición pluriprofesional, como Unión y Progreso o la Unión de Artesanos. Estas asociaciones admitían en su seno tanto a patrones como a artesanos y obreros.

La más antigua y que tuvo el rol más importante en la labor mutualista de la época fue Unión y Progreso, que había existido con otros nombres desde 1852 y cuyo objetivo inicial había sido de carácter político: la lucha contra el rosismo. Sus objetivos y formas organizativas eran similares a las sociedades mutuales de extranjeros, con la única particularidad de que aceptaba mujeres en su seno, las cuales actuaron en una comisión especial, hasta su integración en 1879. Unión y Progreso dedicó muchos esfuerzos a la cuestión educacional, creando escuelas y costeadando los estudios de los hijos de los socios, para lo cual contaba con subsidios estatales.

Después de 1880 engrosará sus filas recibiendo en su seno a otras tres asociaciones que tenían dificultades financieras para subsistir: las de tipógrafos, sastres y artesanos. La primera había sido fundada en 1871, estaba dirigida por propietarios, que además tenían reconocida militancia política y mantenían relaciones de reciprocidad con la Tipográfica Bonaerense. Características similares tuvieron las mutuales de sastres, peluqueros y zapateros.

La decadencia de esas sociedades fue consecuencia, visible desde fines de la década del setenta, de las transformaciones en sentido crecientemente capitalista que vivía la ciudad y que habían iniciado un proceso de disolución de las condiciones que regían la producción y la organización social y técnica del trabajo artesanal y que sin embargo no habían generado, todavía, un nivel de proletarización que permitiera la formación de organizaciones sindicales.

Otro tipo de sociedades fueron los clubes políticos de artesanos, que aunque formalmente encuadrados como organizaciones de acción mutualistas, fueron diluyendo ese perfil para convertirse en centros de reclutamiento político de ese tipo de trabajadores por parte de los sectores sociales dominantes.

La Unión de Artesanos surgió en 1874 agrupando a diversos oficios y alcanzó a mantener vida orgánica hasta 1875. En 1871, la fracción política «rochista» contribuyó a fundar el Club de Artesanos San Martín, que declaraba explícitamente sus objetivos políticos. Su programa se reducía al fomento de la industria, las artes y el comercio; garantizar el funcionamiento democrático de la sociedad y elevar el nivel general del pueblo. En 1877 participó en las elecciones municipales y, ante su derrota, organizó una manifestación de protesta.

Más tempranamente que en otros lugares, aparece en Córdoba una tarea mutualista por parte de sectores católicos. En 1877 es fundada la Acción Católica de Obreros, que partió inicialmente con la cantidad de 500 asociados. Combinaba las tareas de asistencia mutua con la asistencia religiosa a los artesanos, a quienes instaba a la concurrencia regular a las ceremonias del culto.

Recién en el filo del período aparecerá la primera manifestación de una acción reivindicativa, con ciertas intenciones de acción de clase, aunque todavía efímera y limitada al plano legal. En 1879, la falta de pago de salarios llevó a un conjunto de tipógrafos, agrupados en El Porvenir a denunciar la situación ante la Sociedad Tipográfica y a entablar una demanda judicial contra los propietarios de imprenta.

Como en los casos de Rosario y Buenos Aires -aunque allí ya hubo avances a fines de los setenta- recién en el curso de los ochenta y sobre todo en sus últimos años y comienzos de los noventa aparecerán con ritmo más sostenido las «sociedades de resistencia» y las acciones huelguísticas.



Conventillo

En conclusión, se puede afirmar que la condición de los trabajadores de las tres ciudades de criptas -por otra parte las más significativas de la época- presentaba diferencias aunque en lo fundamental se amalgamaba en situaciones de similitud, en los momentos del despegue argentino.

BIBLIOGRAFIA

Andrews, George Reid. *The Afro-Argentins of Buenos Aires*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1981.

Bourde, Guy. *Urbanisation et immigration en Amérique Latine*, Paris, Aubier-Montaigne, 1974.

Chianelli, Delia Trinidad y Galmarini, Hugo Raúl. «¿Una conspiración comunista en Buenos Aires?», *Todo es Historia*, Buenos Aires, noviembre de 1975, n° 102.

Ermolaiev, V. «Naissance du mouvement ouvrier», en *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, París, julio-agosto, 1962, n° 32.

Falcón, Ricardo. *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Falcón, Ricardo; Megías, Alicia y Prieto, Agustina. «Elites y sectores populares en un período de transición (1870-1900)», en *Historia del sur santafesino*, Platino, Rosario, 1993.

Faustino, Jorge. «La Asociación Internacional de Trabajadores en la Argentina», en *Argumentos*, Buenos Aires, diciembre de 1938, n° 32.

Gonzalo, Fernando. «La prehistoria del anarquismo en América «en *La Revista Internacional Anarquista*, París, 15 de diciembre de 1924, n° 2.

Gutiérrez, Leandro. *Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera en Argentina*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, 1969.

Haupt, George. *L'histoire et le mouvement social*, París, Maspero, 1980.

Iparaguire, Hilda y Pianetto, Ofelia. *La organización de la clase obrera en Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, 1968.

Marotta, Sebastián. *El movimiento sindical argentino*, t.1, Buenos Aires, Líbera, 1976, (2a ed.).

Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Materiales para la historia de América Latina, México, Cuadernos de Pasado y Presente*, 1975.

Megías, Alicia. *La formación de una élite de notables-dirigentes, Rosario, 1860-1890*, Buenos Aires, Biblos, 1997.

Nettlau, Max. «La Internacional en Buenos Aires en 1872-73», en *La Protesta Semanal*, 15 de noviembre de 1926.

Nettlau, Max. «Más sobre la Internacional en Buenos Aires, algunas noticias de los años 1870 a 1873», *Suplemento Quincenal de La Protesta*, enero 20 de 1928, n° 276.

Rama, Carlos. *Mouvements Ouvriers et Socialistes (Chronologie et Bibliographie). L'Amérique Latine (1492-1936)*, París, Les Editions Ouvrières, 1959.

Sábato, Hilda y Romero, Luis Alberto. *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Segall, Marcelo. «En Amérique Latine. Développement du mouvement ouvrier et proscription», en *International Review of Social History, Amsterdam*, 1972, n° 17.

Valades, José. «Documentos para la historia del anarquismo en América», en *Certamen Internacional de La Protesta*, Buenos Aires, 1927.